

EL SUEÑO DE ARTEMISA

Walther Cornelius



EL SUEÑO DE ARTEMISA

Walther Cornelius

Título original: El sueño de Artemisa

Diseño de cubierta: Walther Cornelius

Web de autor: <http://www.walthercornelius.com>

Registro de la Propiedad Intelectual de Granada

© Walther Cornelius, 2015

A Charo, mi musa. Por su abnegación.

ÍNDICE

Prefacio.....	1
Olenka.....	4
Luka.....	10
Vilna.....	15
Yacov.....	19
Anesha.....	23
Vanya.....	28
Tadeus.....	36
Serbsky.....	42
Artemi.....	49
Firuza.....	55
Nuuk.....	59
Neurocorp.....	65
Malé.....	71
Artemisa.....	77
Fredrek.....	82
Sophie.....	87
Kira.....	93
Merary.....	99
Abdulla.....	105
Orivaru.....	110
Kamal.....	118
Salim.....	123
Nastya.....	128
Fedor.....	130
Dusambé.....	133

PREFACIO

El ímpetu innovador y la ambición por descubrir, siempre han formado parte del carácter humano. Todas las ciencias se han beneficiado, a través de los tiempos, de esa cualidad de la especie que la hace encumbrarse sobre las demás. Los avances de la ciencia siempre se han debido al sueño, valentía y arrojo, de personas que han deseado ampliar las fronteras del conocimiento. Sin embargo, es lamentable que entre estos iluminados, resurja alguien que anteponga la codicia y ansias de fama, al progreso y bienestar de la especie.

Jacques De Bruyn fue uno de ellos. Un neurocirujano ambicioso y carente de moral que decidió auto inmolarse, en pro de su megalomanía.

Antes que él, otros abrieron la senda. Perros, monos y ratones sirvieron de cobayas a investigadores rusos y chinos, que apostaban por el trasplante de cabeza. Consiguieron anastomosar arterias, venas y nervios. Unir el canal medular, en aquellos tiempos, era una quimera. Esos animales decapitados y trasplantados a receptores, lograrían sobrevivir tan solo veinticuatro horas.

En 2017, Jacques De Bruyn aseguró poder unir dos segmentos de médula seccionados. La comunidad científica acogió la noticia como una bravuconería más, de un neurólogo belga ávido de fama y dinero; un jactancioso. Pero lo que más crispación y polémica causó, fue que esos segmentos de médula espinal a unir, pertenecieran a distintos

individuos. Philippe De Smet, un joven de la región de las Ardenas, sufría una grave e incapacitante enfermedad degenerativa. Fue él, quien sirvió de cobaya a la excentricidad y extravagancia de un “iluminado”. El anuncio del primer trasplante de cabeza causó estupefacción. Médicos, filósofos y juristas desataron una descomunal polémica al respecto, pero no había razón para detener el quimérico trasplante.

A finales de ese año, Philippe recibió un cuerpo nuevo. Su donante, otro joven belga víctima de un infarto cerebral, dejaba un cuerpo sano y candidato para la extravagante intervención quirúrgica. Todos los medios se hicieron eco de la noticia y, la comunidad médica, esperó con impaciencia y escepticismo el resultado.

Tras dos días de quirófano y, asistido por un equipo de más de cien especialistas, Philippe se mantuvo en coma inducido durante dos meses. Fue al despertar, cuando los resultados se hicieron visibles. Lo único que se logró descubrir, fue un umbral de dolor, jamás experimentado por el ser humano. El joven desgraciado se mantuvo día y noche en un grito. Esos dolores generalizados eran indescriptibles por el mismo paciente. Philippe se retorció en la cama como un poseso. Ni la morfina lograba aplacar una ínfima parte de su sufrimiento.

Hubo que inducirlo de nuevo al coma, ante la posibilidad de sufrir un shock. Después de tres meses en estado vegetativo, Philippe De Smet entró en coma irreversible y, de ahí, a una muerte anunciada.

Jacques De Bruyn fue ajusticiado por la sociedad, apodándolo como

“el nuevo Frankenstein” y, pronto, se trasladó desde su clínica a una celda de la prisión de Mons.

Desde entonces, esos intentos de emular al personaje de la novela de Mary Shelley, habían quedado proscritos y reglados legalmente.

Sirva esta historia para describir, bajo un enfoque humano, las connotaciones y trascendencia de unos actos no previstos por la bioética.

OLENKA

Los últimos rayos de sol acariciaban su rostro; una faz aniñada y plagada de pecas que seguía infundiendo inocencia y ternura. Aunque su juventud se había esfumado, la famosa pelirroja no escatimaba en mantener su imagen. Recostada sobre un oneroso sillón de piel blanco, Olenka Rudakova apuraba las últimas páginas de un libro. Era la única pasajera de ese jet privado, considerado como uno de los más lujosos. Su propietario se lo había cedido, como en otras ocasiones, para asistir a las pasarelas más famosas. El calendario de la alta costura había concluido. La semana de la moda de París había puesto broche final a un largo periplo de eventos. Nueva York, Londres, Milán y Madrid habían acogido con veneración a la famosa diseñadora. Ahora, de vuelta a Moscú, Olenka saboreaba las mieles del éxito regocijándose con otra de sus pasiones. De nuevo, releía ese clásico griego. Homero la elevaba por encima de todo; más alto que ese pájaro de metal que sobrevolaba territorio lituano. Ensimismada entre las últimas páginas y acariciando ese camafeo colgado en su cuello, volvía a emocionarse ante el mito de la diosa griega. Artemisa le inculcaba algo especial, incapaz de describir. Esa divinidad, rodeada de ninfas adolescentes y que decidiera permanecer virgen, embargaba su alma. Su clímax coincidía con esos pasajes, en los que la deidad griega daba muerte con su arco a cualquier mujer encinta. Era esa pureza, lo que la encandilaba. Una esencia que destilaba pura femineidad.

Inmersa en la mitología, la esbelta cuarentona cerró el libro. La pantalla situada frente a ella se iluminó y un rostro se dibujó.

— ¿Señora Belov?

—Se equivoca.

— ¿No es usted la mujer del famoso empresario?

— ¿Quién es usted?, ¿cómo ha conseguido este número? —preguntó Olenka prestando atención al hombre con gafas oscuras.

—Eso no importa ahora.

Olenka hizo amago de apagar el terminal y el extraño individuo la detuvo.

—Yo que usted no lo haría. Tengo el control del avión.

El jet hizo un viraje pronunciado. Olenka se aferró al asiento asustada y la aeronave volvió a estabilizarse en pocos segundos.

— ¿Está usted loco?, ¿qué quiere?

—A usted.

—Le aseguro que esto le va a costar caro. No conoce a Luka.

—Él no tiene por qué enterarse.

— ¿De qué?

—De nuestro encuentro.

— ¿Qué busca?, ¿dinero fácil?

—Te equivocas. Solo me interesas tú —respondió con otro tono de voz.

Olenka intentó de nuevo cortar la comunicación y el avión descendió bruscamente durante unos segundos.

—Está bien —suplicó ella alzando los brazos. —Lo he entendido.

—Cuando aterrices en Domodédovo, te estará esperando una limusina negra. Dirígete a ella y no intentes nada.

— ¿A dónde iremos?

—Al Turandot.

— ¿Una cena?, ¿se trata solo de eso? —preguntó con desánimo.

—Por supuesto que no. Es solo el preámbulo.

— ¿Crees que soy una mujer fácil?

—Así está mejor. Sé que deseas una noche de vicio.

—Luka se alarmará si me retraso.

—No te preocupes por eso. Serán solo unas horas.

— ¿Solo unas horas? —repitió ella con voz seductora.

—Bueno, depende de lo cansada que estés —respondió él tratando de no reír.

—Me encuentro agotada. No he logrado dormir.

—Ni voy a permitir que lo hagas esta noche.

— ¿Vas a ser cruel conmigo?

Olenka se ruborizó y, durante unos segundos, guardó silencio tratando de deshacerse del nudo en la garganta. Luka la miraba. Era magistral en ese juego. Un preámbulo de seducción para terminar cayendo en los brazos de Eros.

Luka no pudo resistirlo más y rompió a reír.

—Has aguantado poco —dijo ella con voz seductora.

—Admito que jamás lograré superarte. Me rindo. Te deseo.

—Yo también a ti. Estoy deseando verte.

—Tienes aspecto de cansada.

—Tú también —le respondió con ternura.

—Ha sido un día agotador.

— ¿Qué tal la reunión?

—Hemos logrado firmar el contrato.

—Enhorabuena. ¿Pretendes festejar tu triunfo en el Turandot?

—Mi trofeo eres tú. He visto las noticias. Estabas espléndida.

— ¿Dónde estás?

—Voy hacia Domodédovo.

—Aún falta una hora —apuntó ella riendo.

—Prefiero esperarte allí.

La imagen de Luka se difuminó entre interferencias y la pantalla volvió a ser opaca. Olenka dirigió la mirada al exterior. El sol se había ocultado y grandes nubarrones amenazaban con un final de vuelo movido. Por unos instantes, su corazón se compungió al sentir un mal presagio. Su temor se alivió recordando la última cena en el Turandot, con el dueño de ese avión; Luka, su marido. La decoración barroca del restaurante más lujoso de la capital moscovita, había servido más de una vez, de antesala a una noche de pasión y lujuria.

Ivka, la joven azafata, entró sonriendo en el lujoso habitáculo.

—Sois unos malnacidos —dijo Olenka devolviéndole la sonrisa. — Sabéis que no aguanto los virajes bruscos.

—Siento decírtelo, pero no vamos a tener un aterrizaje suave —dijo Ivka abrochándole el cinturón. —Hay una fuerte borrasca sobre Moscú.

Olenka desvió la mirada hacia el exterior. Apenas había visibilidad.

— ¿Quieres que te traiga algo de beber?

—No. Prefiero reservarme para más tarde.

Ivka sonrió y volvió hacia la cabina de pilotaje. La esbelta pelirroja retrepó la cabeza en el asiento y cerró los ojos. Un sueño corto le ayudaría a soportar esos cincuenta minutos de turbulencias.

Pensando en Luka, su conciencia se disolvió entre recuerdos. Por desgracia, la célebre diseñadora de moda no tendría oportunidad de

abrazar a su marido en ese sombrío anochecer, ni degustar una ansiada velada con él. Jamás podría haber adivinado, el futuro que le tenía reservado el destino y su fascinación por la mitología griega.

LUKA

Moscú seguía siendo un oasis de multimillonarios. Desde 2011, la emblemática capital de la Federación Rusa acogía a un número, cada vez mayor, de adinerados. Ahora, en 2035, la sede de los antiguos zares despuntaba como la ciudad con más potentados a nivel mundial. Luka Belov lo era. Un cincuentón de escaso pelo albino que migraba de su frente para descansar sobre sus hombros. Un tipo de renombre mundial y con un dossier envidiable en la lista Forbes, y en el papel cuché. Aunque el potentado ruso no solía vender su intimidad, no era de extrañar verlo con su pareja en los acontecimientos más glamurosos de la vida social moscovita.

Como propietario principal de la Planta Metalúrgica de Novolípetsk, Luka podía permitirse cualquier capricho y extravagancia. Pero, era Olenka, el mayor y más preciado de sus tesoros. Un hombre fiel y perdidamente enamorado de su mujer. Una pareja que había volcado todo su cariño en pro del otro, al no tener descendencia. Olenka fue honesta con él desde el primer día y su esterilidad no había causado menoscabo en la relación.

A Luka siempre se le veía feliz. Su rostro evidenciaba que había culminado con éxito esas expectativas, que siendo joven, se había marcado. Y fue también en su juventud, cuando decidió labrar su futuro junto a ella. Él y Olenka eran un islote de estabilidad conyugal, en un

océano de frivolidad e intereses.

Al magnate ruso solo le quedaba una pizca de familia. Edik, su hermano menor, era también su consejero y mano derecha en el consejo de administración. Un cuarentón de pelo, también albino, que sentía auténtica veneración por Luka. Desde la muerte de sus progenitores, una familia modesta de San Petersburgo, Edik Belov permanecía apegado sentimentalmente a Luka como uña y carne. Mujeriego, a diferencia de su hermano primogénito, no encontraba la pareja adecuada ni ocasión para sentar la cabeza. O al menos, eso era lo que esgrimía cuando Luka se lo reprochaba.

Olenka no tenía con quien compartir un cariño fraternal. Hija única en el seno de una pareja adinerada de Moscú, quedó huérfana al tiempo de conocer a su marido. Al igual que Edik, con el que congeniaba en su estilo de vida, se aferró a Luka como a una tabla de salvación. Estaba claro, que el famoso magnate era un potentado en muchos sentidos. Su complexión hacía alarde de ese carácter fuerte, que emanaba seguridad, aplomo y decisión.

Esa noche, Luka cambió su expresión y todas sus cualidades parecieron naufragar. De golpe, todo se derrumbó en su interior. Una llamada telefónica destrozó su corazón en mil esquirlas. Y allí, en mitad del frío asfalto de la terminal de vuelos privados, Luka permaneció en la negra limusina, deshecho y aferrado a un ramo de rosas.

Nadie pudo detenerlo. El potentado ruso cruzó la grandiosa terminal,

esquivando al gentío como un poseso, hasta llegar a la torre de control. Todos lo conocían. Su imagen era inconfundible. Pero esa noche, el rostro de Luka denotaba desesperación y agonía.

Nada se sabía de ese jet privado, por el que Luka sentía fascinación, ni tampoco, del vuelo que cubría el trayecto desde Casablanca a Moscú. En segundos, esos dos puntos luminosos habían desaparecido de las pantallas de radar, instaurándose un silencio traicionero.

Edik no tardó en aparecer. Se abrazó a su hermano, que aún permanecía en trance, tratando de reconfortarlo. Durante más de una hora, Luka Belov movió cielo y tierra tratando de obtener información. Un tipo como él, era capaz de lograr que el mismo Ministro federal de Situaciones de Emergencias, se personase allí para ofrecerle explicaciones. Su hermano trataba, por todos los medios, de calmarlo y de disculparse ante la desorbitada prepotencia de Luka.

Al final, el magnate de la metalurgia se dio por vencido. No era cuestión de poder, era cuestión de tiempo. Un sinfín de expertos se dedicaba a escudriñar mapas, trazar coordenadas y a recoger las últimas conversaciones mantenidas con los controladores aéreos.

Edik consiguió arrancarlo de allí. Por primera vez y, desde hacía una eternidad, Luka Belov sentía impotencia. Ahora no era un dios, el destino no discriminaba entre ricos y pobres. Le había ganado la batalla.

---oOo---

Nevaba copiosamente. Toda la servidumbre de la ostentosa mansión, a las afueras de Moscú, se mantenía en vilo. Olenka era muy apreciada por el personal doméstico a su cargo. Su carácter risueño y su sencillez lograban embaucar.

Sentado frente a la chimenea, abatido y con el rostro desencajado, Luka Belov trataba de ahuyentar de su mente el peor de los presagios. Edik, su mano derecha, mantenía contacto con los servicios de navegación aérea. El enjuto consejero atravesaba el amplio salón, de un lado para otro, esperando alguna noticia. Pero nada se sabía de ese vuelo. El lujoso Lear jet de última generación había desaparecido de las pantallas de radar, mientras sobrevolaba suelo lituano.

Dieron las dos de la madrugada y, una nueva llamada, arrojó algo de luz sobre el asunto. Luka se puso en pie y se abalanzó desesperado sobre él. Su hermano no pudo disimular la expresión de horror.

—Se ha producido una colisión —dijo consternado y apagando el terminal.

El famoso empresario se dejó caer de nuevo en el sofá y permaneció durante unos segundos en silencio.

— ¿Dónde ha ocurrido?

—Han encontrado los restos de las dos aeronaves en un bosque, al norte de Vilna.

—Haz que me preparen un medio de transporte.

Edik no esgrimió la menor objeción. Conocía muy bien al potentado y sabía que era capaz de conseguir, a esas horas de la madrugada, el mismísimo avión presidencial.

VILNA

La mayor ciudad lituana comenzaba a teñirse de blanco. La borrasca procedente de los Urales invadía casi todo el país. Las primeras conjeturas apuntaban a esa tormenta de nieve, como la causante de la catástrofe aérea. Un Boeing de última generación había arrancado el timón de cola del jet privado. Los restos de ambas aeronaves, junto a un centenar de cuerpos mutilados, se esparcían en un área de veinte kilómetros cuadrados.

Eran las cinco de la madrugada. Efectivos lituanos trataban de sofocar el incendio originado por las dos aeronaves. Un sinfín de policías, bomberos, sanitarios y agentes pertenecientes a la comisión de investigación de accidentes aéreos, se desplegaba por la zona.

Cuando Luka y Edik llegaron, el escenario era dantesco. Bajo la intensa nevada, los resplandores de las llamas y el traicionero silencio, hacían presagiar la peor de las pesadillas. Edik se amilanó. Él carecía de espíritu ante las adversidades de la vida. Se dejó caer sobre la nieve sollozando y ocultando sus ojos del escabroso escenario. Pero Luka no era así. Si hubiera llegado a tiempo, él mismo hubiera organizado ese caótico rescate.

Arrastrado por ese ímpetu ingobernable que lo caracterizaba, arrancó de las manos de un joven atemorizado la linterna y, sorteando el cordón de seguridad, se adentró en el funesto paraje.

Hundiendo sus lujosos zapatos en la nieve recién caída, Luka se internó en el frondoso bosque de coníferas. No tardó en toparse con un cuerpo mutilado. La faz de ese niño aún mantenía una sonrisa, ajeno a lo que iba a acontecer. Luka se agachó y cerró sus párpados. En ese momento, dudó. Toda su fortaleza pareció tambalearse. Pensar en encontrar así a Olenka, le produjo debilidad e incertidumbre.

Pero Luka estaba hecho de otra fibra. Un material incombustible y capaz de resistir cualquier adversidad. Se puso en pie y continuó su macabro peregrinaje.

Conforme se adentraba en el bosque, restos desmembrados se esparcían tapizados por la copiosa nevada. Luka enfocaba la linterna, temiendo encontrarse con algún resto reconocible, aunque en su fuero interno, algo le indicase que ella permanecía con vida. Quizás fuera esa conexión invisible, la más poderosa del universo y no descrita, la que lo conducía a través de tanta barbarie.

Los primeros haces de luz se arremolinaban enfocando parte del fuselaje de un avión. Luka aceleró el paso hasta detenerse exhausto. Se inclinó apoyando las manos sobre sus rodillas, tratando de recobrar el aliento. Esos restos debían pertenecer al Boeing siniestrado, a tenor de su envergadura —dedujo momentos después. Su ánimo pareció alzarse, hasta otorgarle el ímpetu necesario para proseguir en su búsqueda.

Las llamas se incrementaban conforme avanzaba. Los abetos ardían rodeándolo, a causa de un motor que aún continuaba girando. El potente

silbido hizo que Luka protegiera sus oídos, mientras un amasijo de carne y sangre salpicaba su rostro.

Por primera vez en su vida, Luka sintió miedo. Y no solo por ver la muerte en una de sus peores apariciones. Luka sufrió al pensar en verla destrozada. Se resistía a admitir que Olenka hubiera sucumbido de esa forma tan cruel. Ella no era igual que los demás. Había demostrado estar por encima de la mediocridad.

Luka Belov se desplomó de rodillas en la nieve. Sus ojos lagrimearon por el humo y por algo a lo que había sido reacio toda su vida. Ese dolor no lo había experimentado nunca. Nacía de un lugar desconocido para él.

Entre las tinieblas y, mientras la nevada parecía arreciar, su corazón dio un vuelco al levantar la mirada. Unos restos despuntaban entre llamas y humareda, en lo alto de una colina. Luka sacó fuerzas y se puso en pie tambaleándose. El nombre de su emporio se mantenía iluminado en el casco de la aeronave. Era como un faro en un océano de oscuridad. Como un atisbo de esperanza entre la desesperación.

Exhausto, encaramó el último tramo hasta arrodillarse al pie del que fuera el embajador de su emporio. La lujosa aeronave se había partido en dos y la proa apuntaba al cielo como una efigie. Protegiéndose del humo con la solapa, se asomó al interior. Los cadáveres mutilados de ambos pilotos ardían entre escombros y metales retorcidos. Allí no había rastro de Olenka ni de Ivka, la dulce y joven azafata. Extenuado y lagrimeando,

volvió a salir.

Erguido, incólume y oteando a su alrededor, percibió un débil lamento entre el crepitar de las llamas. Sin dudarlo, descrestó la colina enfocando la linterna hacia un lado y otro. Un cuerpo, casi sepultado por la nieve, despuntaba al fondo de la otra vertiente. Luka se abalanzó rodando hasta llegar a él. Con brío y desesperación, trató de apartar la nieve. El cuerpo decapitado de Ivka aún yacía caliente.

Cuando alzó la mirada, se topó con él. El emblema, una caldera vertiendo acero incandescente, se mantenía iluminado en el timón de cola. Ese empenaje se erguía aún desafiante. Luka rio a carcajadas mientras sus ojos comenzaban a empañarse. Presagiaba la peor de las pesadillas, cuando otro lamento llegó a sus oídos.

YACOV

El instituto de traumatología Priorov poseía renombre mundial. Los mejores traumatólogos y cirujanos biónicos de la Federación Rusa se daban cita allí. Eminencias en el arte de recomponer lo destrozado y de combinar la biología con la tecnología.

Yacov Gusev era el mejor ingeniero médico en biónica. Sus conocimientos y fama eran solo superados por sus desorbitadas facturas. Un tipo corpulento y velludo, que lograba hacer andar a un tetrapléjico en cuestión de semanas. Yacov era venerado como un dios, en una época en la que los implantes tecnológicos habían calado en la comunidad médica.

Su despacho era como un altar. Imágenes holográficas daban crédito de sus hazañas y, una ostentosa poltrona, intentaba sujetar su ego.

Luka se sentaba frente a él. El célebre empresario había perdido buena parte de peso y de su cuidada imagen.

—Ante todo, me complace felicitarle. El hecho de que su mujer haya sobrevivido a tan aparatoso accidente, se puede calificar como un milagro.

— ¿Qué pronóstico tiene? —preguntó Luka con la faz ensombrecida.

—Afortunadamente, sus órganos vitales están intactos. Créame, señor Belov, es algo insólito.

—Supongo que sí —dijo con resignación. —Pero su cuerpo está muerto.

—Vamos, Luka, anímese. Ya hemos resuelto la tetraplejía. Olenka volverá a estrecharlo entre sus brazos. Usted y ella volverán a caminar juntos cogidos de la mano.

— ¿De una mano sustentada por relés y resortes de aluminio?

—No hay nada mejor, Luka. ¿O prefiere verla postrada en una cama y pasearla en una silla de ruedas?

—Ella no lo va a admitir —dijo bajando la mirada con resignación.

—Es usted, quien no lo admite. A Olenka se la preparará psicológicamente. Cuando conozca la gravedad de su lesión medular, deseará que le proporcionemos una solución. Es solo cuestión de tiempo. Además, —añadió en tono sarcástico —no creo que le estimule hacer el amor con un cuerpo inerte.

Luka levantó la mirada y la clavó con ira en el arrogante allegado a la cirugía.

—Vamos, no me lo tome a mal —dijo poniéndose en pie y acercándose a él. —Sé por lo que está pasando. Hable con ella. Usted es el más apropiado para infundirle ánimos. Su mujer confía en usted más que en nadie. No le falle ahora.

—Me está vendiendo algo en lo que nunca he estado de acuerdo.

—Ha sido usted, quien ha solicitado una entrevista —espetó con

despecho. —Aquí, en el instituto, hay traumatólogos de alto nivel. Quizás sea conveniente que cambie impresiones con ellos.

Luka se amilanó. Todo su poderío, ese que hacía que políticos y banqueros cedieran en un acto de sumisión, se había destrozado al compás del deterioro de su mujer. Parecía como si él, fuera también una víctima más de esa catástrofe aérea. Y su aspecto, no contradecía en absoluto esa tesis.

---oOo---

A Olenka la mantenían sedada e intubada. Luka había tenido la oportunidad de verla tras el cristal. Su cara continuaba hinchada, plagada de magulladuras y moratones. Su cuerpo recordaba al de Cristo. No había hueso afectado por una fractura. Según el protocolo biónico, la desgraciada mujer tendría que ser sometida a un sinfín de intervenciones quirúrgicas en el área de traumatología, para soldar sus huesos, antes de ser candidata a la biotecnología. A Olenka Rudakova le esperaba un calvario y, a Luka, también. Meses de intervenciones seguidas de una interminable rehabilitación, para terminar inmóvil en una triste silla de ruedas.

Luka entró en la habitación. Se acercó con temor y se sentó en el borde de la cama. Cogió su mano y ella no se inmutó. Sus párpados continuaban hinchados y cerrados. Solo cuando acercó su rostro a esa

cara deforme y el perfume, al que también le era fiel, acarició su recuerdo, ella los abrió.

Luka la besó con pasión y ternura. Como si ella hubiera vuelto de la eternidad. Sus lágrimas cayeron en esa piel que antes fuera mimada.

— ¡Te echo tanto de menos!

Ella no respondió. Le sonrió con ternura y dejó escapar una lágrima. Olenka sabía que había perdido su cuerpo. No lograba recordar apenas nada, pero sí, su inmovilidad en esos momentos tras la catástrofe. Desde que había recobrado la consciencia, sentía un deseo irrefrenable por morir. No estaba preparada para afrontar esa mutilación y, menos aún, el sufrimiento de su marido. Se sentía encerrada en una cárcel de por vida. Nada podía haberla alejado más de Luka; solo la muerte.

ANESHA

La primavera había tapizado de color los alrededores de la mansión. Olenka había sufrido media docena de intervenciones quirúrgicas. Sus huesos estaban soldados y su rostro volvía a encandilar. Sus pecas resaltaban más y su pelo corto y pelirrojo cobraba brillo.

Hacía un par de semanas que pernoctaba en su hogar y, también, que era asistida por una de las más acreditadas enfermeras. Anesha Luzhin era una cincuentona bajita y regordeta de carácter afable. Su expediente como rehabilitadora era intachable. A Luka le costó tiempo y esfuerzo reclutarla. La clase alta de San Petersburgo se la disputaba. Olenka y ella forjaron pronto unos buenos lazos de amistad y su marido supo apreciar el acierto al contratarla. Por fin, la convaleciente mujer pelirroja sonreía y mostraba signos de optimismo.

Esos paseos en silla de ruedas mientras el sol bañaba su piel y el aroma de los narcisos impregnaba su ropa, la estaban devolviendo a la vida. Luka también volvía a sonreír. El hecho de verla interesada en retomar su pasión por la moda, auxiliada por esa encantadora mujer, le reportaba esperanzas.

Pero ya había llegado el momento. Una vez repuesta del politraumatismo, debía decidir si continuar esa cruzada hasta poner pie en el suelo, o dejarse llevar de manos de Anesha y de Luka. Odiaba, como su marido, esas prótesis biónicas. En más de una ocasión, se quedaba

mirando a través de la ventanilla de la limusina, recordando cuando ella estaba entera. No podía disimular su pena y compasión, al ver a una persona moverse como un robot. Alguna vez, incluso se le escapó una risa. Ahora, ella era una aspirante a bufona. No podía imaginarse en la pasarela de París o Nueva York, acompañando a la última de sus modelos, con pasos de androide y ruidos de motores eléctricos. Olenka sabía que ese mundo se había acabado para ella. Como mucho, podría trabajar en la sombra; diseñando y dejando para otros, el regocijo del reconocimiento y los aplausos. No asimilaba que eso tuviera que ser así. Ella no había cometido ninguna atrocidad en la vida, como para ser castigada de forma tan cruel.

Una noche, Luka sacó el tema a colación. Había recibido una llamada de Yacov, recordándole la necesidad de abordar la intervención. No era conveniente demorarla por más tiempo.

La cena estaba servida en el jardín y Luka la esperaba mientras se servía un burdeos. Sonrió cuando la vio venir de manos de su cuidadora.

—Esta noche estás radiante —dijo él. —Ya puedes dejarnos, Anesha.

—No —interrumpió Olenka. —Prefiero que se quede.

Luka se quedó por un momento sorprendido, pero asintió.

La cena transcurrió entre risotadas. Anesha disponía de un amplio repertorio de historietas. Su vida en San Petersburgo y sus vivencias con la clase alta le habían reportado multitud de anécdotas. Y fue una de ellas, la que aprovechó Luka para atajar la incertidumbre.

— ¿Lo has meditado?

—Si.

Luka se quedó perplejo. Esperaba que su mujer mantuviera serias dudas en cualquier sentido.

— ¿Qué has decidido?

—No voy a ser un engendro mecánico.

—Hoy me ha llamado Yacov. Si no lo hacemos ahora, tu musculatura y tus huesos se atrofiarán.

—Lo sé.

—Creo que esta decisión es tuya. Por favor Olenka, ¿no crees que este tema debemos hablarlo a solas?

—No, Luka. Supongo que debe ser duro para ti, tener sexo con un cuerpo inerte. Sé que así, jamás volveré a sentirte. Y también sé, que por mucho que pueda mover mis brazos y mis piernas, tampoco volveré a ser yo.

—No sé qué tratas de decirme.

Olenka miró a Anesha, rogándole que interviniera.

—Señor Belov, en San Petersburgo fui contratada por el, hasta entonces, propietario de los Astilleros del Báltico. Kolya Búbka, un hombre de familia adinerada procedente de Bielorrusia, tenía un solo hijo. Al parecer, Borya sufría, desde la niñez, de disforia de género.

— ¿Disforia de género?

—Sí, ya sabe, el chico no se identificaba con su sexo. Borya sentía que era una niña enclaustrada en el cuerpo de un varón. Su padre sufría y, no solo, por el hecho de que su hijo no continuara su estirpe empresarial. El conflicto de Borya se agravó al llegar a la adolescencia. El chico cayó en una profunda depresión y se autolesionó.

— ¿Qué quiere decir?

—Borya se amputó los genitales.

— ¿Qué demonios tiene que ver todo eso con Olenka? —interrumpió Luka ofuscado.

— Luka, por favor, escúchala —le rogó Olenka.

Hubo un silencio y Anesha prosiguió:

— Un día recibí una llamada de Kolya Búbka. Borya había intentado suicidarse, colgándose y dejándose caer, desde la barandilla de la planta superior. Afortunadamente, lograron llegar a tiempo, pero el chico quebró su cuello y quedó tetraplégico.

El rostro de Luka cambió. Por fin, encontraba una relación con el padecimiento de Olenka.

—Cuando acepté el trabajo, Borya estaba ya encadenado a una silla de ruedas. Su padre acudió a los más prestigiosos neurólogos. Su enfermedad lo incapacitaba día a día y los doctores lo dieron por desahuciado. Kolya, al igual que ustedes, se debatía en la duda. La

intervención biónica no era de su agrado. Por otra parte, ¿qué objeto tenía mecanizar un cuerpo que continuaría siendo rechazado?

— ¿Trata de decirme que hay otra solución?

—Señor Belov, yo no soy quién para aconsejarlo —dijo Anesha, lanzando el anzuelo.

— ¡Vamos Anesha!, suéltelo de una vez.

—Solo puedo decirle, que ese joven se llama ahora Vanya y que es una mujer completa, en todos los sentidos.

VANYA

El verano despuntaba con temperaturas anormalmente altas. La rutina y el silencio se habían adueñado de las vidas de Olenka y Luka. Él se aferraba al trabajo, tratando de aliviar su aflicción. Un sentimiento de desolación que no lograba superar y que trataba de ocultar. Ni siquiera ese último modelo de Falcon, líder entre los jet privados, que había adquirido, lograba abstraerlo de la angustia. Las noches se hacían eternas, disimulando su insomnio ante ella. Su vida había cambiado.

Olenka no era la misma. La desidia y la depresión asomaban cada vez más en su rostro. Desde el infortunado accidente, no había visitado sus estudios de diseño en pleno centro de Moscú. Aunque Anesha y su marido se esforzaban por animarla a salir de esa apatía, la mente de la tullida mujer mermaba a diario. Hacía meses que no salía del recinto residencial. Ya no se la veía trabajando en su despacho, en la última planta de la vetusta mansión. Aferrada cada vez más a sus libros de mitología, Olenka se evadía de una realidad que no lograba aceptar. Y en los momentos de soledad, lloraba. Desgarraba su alma recordando cuando era una mujer. Aún no había sido capaz de entregarse a Luka; ni él de insinuarlo. Fue ella, la que se negó a seguir compartiendo la alcoba. Declinó en Anesha toda la atención durante la noche, y en otro dormitorio. Cuando estaban juntos, ambos se acariciaban con las miradas. La compasión, la pena y la nostalgia los embargaba cada vez más.

Esa mañana de domingo, Luka despertó sobresaltado. De nuevo, esa pesadilla en la que veía a Olenka sin cuerpo y riendo histérica, lo despertaba empapado en sudor y temblando.

Inquieto y angustiado, se dirigió a verla. El lecho estaba vacío y la silla de ruedas no ocupaba su lugar acostumbrado. Se acercó a la ventana y la vio. Olenka permanecía varada frente a la piscina. En esos momentos, Luka pareció conectar con la mente de su maltrecha y desgraciada mujer. Intuía lo que pensaba y deseaba. Las lágrimas brotaron de sus ojos. Ni él y, ni mucho menos ella, merecían ese castigo divino. Por vez primera, en Luka Belov surgió la duda. Una incertidumbre sobre el destino. Quizás, no debió encontrarla en ese estado.

---oOo---

Se acercó a ella y la besó en la mejilla. Olenka permanecía absorta observando el agua. Ese día, la servidumbre gozaba de asueto y Anesha preparaba el desayuno.

— ¿Has descansado bien? —preguntó Luka tomando asiento frente a ella.

—Va a ser un verano caluroso —contestó ella alzando la mirada hacia él.

—Podríamos darnos un baño. Me encantaría cogerte en brazos y sostenerte en el agua.

— ¿Quieres que te confiese algo?

Luka no respondió. Mantuvo la mirada fija en ella, suplicando no oír lo que ya presagiaba.

—Si hubiera podido mover mis brazos, me habría abalanzado hacia el borde de la piscina. Unos minutos de desesperación y, al final, libre.

—No digas eso. Estás lastimándome. No concibo una vida sin ti.

— ¿Llamas vida a esto?

—Saldremos adelante.

— ¿Cómo lo vas a hacer?, ¿apurando aún más esas botellas de vodka medio vacías? ¿Crees que me mantengo ajena a tu sufrimiento? He perdido mi cuerpo, no mi cordura. Al menos por ahora.

—Es cuestión de tiempo, Olenka.

—Sí, ahora tengo todo el tiempo de mundo. Pero no te tengo a ti. Ni siquiera me tengo a mi misma. Es como una muerte en vida. Para ti es fácil.

— ¡Para mí no es nada de fácil! —gritó él.

Ambos guardaron silencio y, fue Luka, quien volvió a hablar:

—Lo siento. No he descansado bien esta noche. Ese contrato con Maersk me tiene desquiciado.

— ¿Por qué no lo intentamos? —dijo ella a modo de súplica.

—Me estas pidiendo que abandone aquello por lo que he luchado toda mi vida.

—Luchaste por mí.

Luka bajó la mirada y ella sonrió de dolor.

De nuevo, el silencio se apoderó de ellos, hasta que Anesha apareció empujando un carrito con el desayuno.

—Apuesto a que hoy se superan los treinta grados —dijo acercándose a ellos. —Es un buen día para remojarse.

Olenka dirigió la mirada hacia ese artilugio mecánico y con abrazaderas de lona, que la sumergía en la piscina.

—Sí, ¿por qué no? —contestó con ironía. —Es posible que el año que viene pueda presentarme a los juegos olímpicos para tullidos.

—Aún podemos acudir a Yacov Gusev —dijo Luka.

— ¿Te parece más ético? ¿Crees que con un exoesqueleto metálico estaré más deseable? Cuando acaricies el aluminio y oigas los relés, ¿se te pondrá dura? ¡Dímelo, Luka Belov!, señor omnipotente. Dios entre dioses. ¿Serás capaz de ofrecerme esa vida con la que me conquistaste un día?

Anesha se mantenía inmóvil y en silencio. No era la primera vez que asistía a una escena como esa. Por desgracia, estaba más que acostumbrada a presenciar el sufrimiento y la desidia entre sus clientes. Sabía, que en esos momentos, la docilidad y quietud eran sus mejores aliados. Lo vio en Kolya Búbka, hasta que tomara la decisión.

Luka ordenó que sirviera el desayuno. Durante más de media hora,

todo trascurrió en un denso silencio. Anesha daba de comer a su protegida, mientras Luka se debatía en la duda.

—Creo que ya es hora de estrenar ese Falcon —dijo él.

Olenka desvió la mirada hacia su marido, con un atisbo de esperanza. Sus pecas parecieron recobrar color y su pelo rojizo volvió a brillar.

—Quiero hablar antes con ella —añadió el magnate.

Anesha sacó de un bolsillo una tarjeta y se la entregó.

---oOo---

Ubicada en un pequeño archipiélago de islas volcánicas, Santorini estaba considerada como una de las islas más bellas del mundo. El Falcon pisó territorio griego, en un atardecer de ensueño. A pocos kilómetros, se encontraba la playa de Monolithos; una costa de guijarros negros y aguas turquesas. En uno de sus riscos despuntaba un caserón de muros blancos y ventanas de color añil.

Sentado en un sillón de rafia y degustando un soberbio caldo blanco Athiri, la vio venir. En un principio lo atribuyó a los efectos de ese vino propio de la isla. Ese cuerpo escultural, envuelto entre sedas, parecía pertenecer a otra época. Luka se puso en pie para estrecharle la mano.

—Le agradezco que haya tenido a bien recibirme.

—Señor Belov —dijo tomando asiento e invitándolo a que hiciera lo mismo, —confío en que sabrá respetar mi identidad.

—Por supuesto, aunque no acierto a adivinar la razón de tanto misterio.

— ¡Verá, Luka!, Anesha significó mucho para mí. Si no hubiera sido por ella, hoy no estaría hablando con usted. Atendí su llamada, porque ella sabe mantener un secreto. No cabe duda, de que me habló de Olenka y del calvario que están atravesando.

— ¿Por qué, tanto secretismo? Usted ha resuelto su problema. Si hay alguien que puede hacer caminar a un tetrapléjico e incluso cambiar su sexo; doy fe de ello, ¿por qué no difundirlo?

—Luka, ¿sabe lo que significa un cambio de sexo?

—Supongo, que una simple intervención quirúrgica.

Vanya sonrió y encendió un cigarrillo. Tras un largo silencio, prosiguió:

—Hasta ahora, los transexuales vivíamos doblegados a entrar en quirófano una y otra vez. Pero lo más denigrante, era permanecer en la esclavitud durante toda la vida.

— ¿Esclavitud?

—Luka, inyectarse hormonas a diario no es la solución. Piense en un diabético. ¿Cree que es feliz suministrándose insulina?

—Supongo que no.

— ¿Qué mejor, que disponer de esos órganos que te hacen ser macho o hembra, de forma natural?

—Tendrá que disculparme, pero no estoy muy versado en el tema.

Vanya aflojó el pañuelo que llevaba anudado en el cuello y mostró la cicatriz. Luka se quedó sorprendido y sin palabras.

—Aún falta otra intervención —dijo ella acariciando su cuello. —La cirugía plástica hará desaparecer todo rastro.

Luka continuó impávido y en silencio. Ahora sí que comprendía el alcance del asunto en cuestión.

— ¿Quiere decir, que ese cuerpo no es suyo? —se atrevió a pronunciar.

Vanya volvió a sonreír.

— ¿De verdad cree que no es mío? —contestó ella cambiando a una postura provocadora, dejando entrever el sexo.

—Creo que es mejor que me marche —dijo él poniéndose en pie.

—Luka, no tiene otra opción. Considérese un privilegiado. Al fin y al cabo, dispone de recursos para hacer frente a una tecnología pionera y de unos pocos.

—No sé si se ha percatado de que es un delito. Jamás he pisado fango, y creo que empiezo a hundirme en un barrizal.

—De verdad, ¿piensa, vivir con ella en esa situación? ¿Hasta cuándo, Luka?, ¿hasta que Olenka intente su primer conato de suicidio?

— ¿De quién era ese cuerpo?, ¿se lo ha preguntado en algún momento? —respondió después de permanecer en silencio.

—No se martirice. ¿Qué más da? Está claro que su antigua propietaria no lo necesitaba. ¿O es más ético recibir un corazón?

Luka se dejó caer en el sillón. Su mente era un hervidero de contradicciones en ese momento. Vanya le sirvió otro vino y esperó a que el famoso magnate recobrarla la lucidez.

Cuando dirigió de nuevo la mira hacia ella, Vanya había depositado una tarjeta sobre la mesita.

—Llame a ese número y deje su nombre. No le van a contestar en un principio. No se dé por vencido.

— ¿A quién corresponde? —preguntó oteando la tarjeta por ambos lados.

—Neurocorp. Tienen la sede en Tayikistán.

TADEUS

Un magnate como Luka no acostumbraba a aceptar el silencio a una llamada. Era ofensivo. En esta ocasión el opulento cincuentón optó por rebajarse. Y fueron más de cinco intentonas, las que tuvo que realizar en la soledad de su despacho. Al final, un rostro masculino, de tez oscura y mirada penetrante, apareció en pantalla.

Por un momento, pensó en colgar y olvidarse del asunto. El miedo lo invadió. Jamás había tratado con tipos con ese aspecto. Era ahora, cuando comenzaba a sentir que se sumergía en aguas turbias. Era ahora, cuando todo su poderío se disolvía hasta llegar a ser una sombra solicitando ayuda. Pero Luka sabía que estaba bien respaldado. En esta ocasión, nadie le acompañaba en su cruzada personal. No se trataba de un juego de estrategia empresarial, en el que él, nadaba como un pez gordo. Su aliada era su fortuna y, esos tipos, valoraban el dinero por encima de todo.

— ¿Cómo se encuentra ella? —preguntó el extraño individuo.

— ¿Sabe quién soy?

—Por supuesto —respondió riendo. —Sabíamos que más tarde o más temprano llamaría.

— ¿Con quién tengo el placer de hablar?, ¿es usted Tadeus?

— ¿Está utilizando la red convencional?

—Sí. No conozco otra forma.

—Recibirá un documento con información de contacto. No intente comunicarse de otra manera.

—Bien —apenas pudo decir, y la comunicación se cortó.

---oOo---

Después de una semana sin noticias, Luka se mostraba desesperado. Olenka indagaba en sus progresos y el potentado sentía haber caído en las garras de algunos, más poderosos que él. Al fin y al cabo, el poder depende del asunto en el que te muevas. Luka Belov había pasado a ser un cliente y, no, el que movía fichas en un tablero. Todas las expectativas y proyectos que ambos habían trazado, se desvanecían por horas. Y la misiva llegó. En una tarde calurosa en Moscú, el terminal de Luka Belov recibió un correo. En él, se describían los pasos a seguir y el software a instalar. El empresario así lo hizo y no tardó en establecer comunicación con una página web no accesible a los buscadores tradicionales. Luka se había introducido, sin saberlo, en la zona más sórdida de la red. Un suburbio, donde traficantes de drogas, de armas y de órganos, campaban a sus anchas. Esa comunicación sería invisible para aquellos que vigilaban los contenidos, en una red donde el ciudadano de a pie no escatimaba en darse a conocer.

Después de rellenar un formulario y de teclear los dígitos de una de sus cuentas bancarias, Luka tuvo acceso a una visita virtual por el

misterioso centro quirúrgico. Para un profano en la materia, como lo era él, fue fácil venderle los logros en neurocirugía de un individuo que aparecía en todo el recorrido. Ese rostro de tez y ojos claros, se le grabó como una impronta.

Ese “tour” virtual despejó su mente de cualquier duda. Allí estaba la panacea. Elucubradas explicaciones daban crédito a una técnica que no había dado fruto y había sido proscrita.

Luka solicitó entrevistarse con el máximo responsable y tuvo que esperar hasta recibir en su teléfono móvil, un mensaje anunciándole la fecha y hora de la entrevista.

---oOo---

Luka observó cada detalle de ese rostro. Un hombre bien entrado en la cincuentena, de aspecto inmejorable y voz templada. Tadeus Kostka, un neurocirujano de origen polaco y discípulo del difamado pionero Philippe De Smet, había retomado en la clandestinidad, ese proyecto que llevara a su mentor a prisión. Tadeus se había rodeado de un séquito de profesionales ávidos de riqueza y carentes de ética. Y fue en Tayikistán, donde montó su imperio. Un país, donde unas instituciones corruptas y ávidas de dinero, como él, darían cobijo a su negocio.

—Señor Belov, nos complace que haya contactado con Neurocorp. Supongo que ya habrá tenido oportunidad de comprobar los logros y

capacitación de nuestro equipo.

—He tenido la oportunidad de conocer a Vanya Andreev, si es eso a lo que se refiere.

—Vanya es solo la punta del iceberg. ¿Sabe cuántos transexuales requieren nuestros servicios en la web?, por no decir políticos y potentados como usted.

—No entiendo que alguien que consigue recomponer la médula espinal, se oculte y no opte por el reconocimiento.

—Todo a su tiempo, señor Belov. Tenga paciencia. En primer lugar, he de comprobar que usted es candidato a nuestra técnica.

— ¿Yo? Le recuerdo, Tadeus, que es mi mujer la que sufre de tetraplejía.

—Por supuesto que sí —afirmó riendo. —Pero no es ella quien debe decidir cambiar de vida. Es usted.

— ¿Cambiar de vida? Sigo sin entenderle.

—Déjese llevar, Luka. O es posible que no lleguemos a un acuerdo.

—Bien —respondió con resignación. — ¿Qué garantías me ofrece?

—Su mujer volverá a ser la de antes, o quizás, mejor —contestó sonriendo. —Hasta el momento, no hemos sufrido ningún fracaso. La intervención es segura al cien por cien. Podría mostrarle un extenso listado de personajes, que como usted, decidieron apostar por Neurocorp.

Pero ante todo, cuidamos de respetar el anonimato de nuestros clientes.

— ¿Trata de decirme que no hay riesgo alguno?

—La vida es riesgo, señor Belov, y usted lo sabe mejor que nadie. Toda intervención quirúrgica los conlleva. No puedo negar que se trata de una técnica invasiva compleja y de larga duración, pero como le he dicho, nuestro nivel de éxito es máximo.

— ¿Qué duración tiene la intervención?

—Permítame que le haga una pregunta antes de contestarle. ¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde el desgraciado accidente?

—Cuatro meses, aproximadamente.

—En ese caso, su mujer estará asistida por un equipo multidisciplinar de cincuenta profesionales. Neurocirujanos, cirujanos vasculares, traumatólogos, inmunólogos y expertos en cirugía reconstructiva, trabajarán durante cuarenta y ocho horas.

— ¿En ese caso?, ¿qué quiere decir?

—Señor Belov, no es tan fácil como usted cree. El tiempo es crucial para decidir la técnica a emplear.

—Discúlpeme, pero no acabo de entenderle.

—Después de las primeras setenta y dos horas, los muñones medulares seccionados pierden la cubierta de mielina y se retraen. En ese caso, ya no es posible volverlos a unir. Piense, que hay que cortar

hasta llegar a zona sana y no podemos estirar la médula —dijo riendo. Desgraciadamente, el noventa y cinco por ciento de los casos que nos llega no permiten hacer este tipo de reparación.

— ¿Entonces?

—A Olenka habrá que implantarle un cuerpo nuevo.

— ¿Un cuerpo nuevo? —replicó Luka asombrado. —Nadie me había hablado al respecto. ¿Se refiere a un trasplante de cabeza? ¿Piensa usted trasplantar la cabeza de mi mujer en otro cuerpo?

—Nosotros lo denominamos “anastomosis céfalo somática”

— ¡Me da igual como lo llamen! —gritó encolerizado. — ¡Eso es ilegal!

Tadeus permaneció en silencio unos segundos con el semblante agrio y al final se pronunció:

—Luka, no estoy dedicándole mi tiempo para discutir sobre la legalidad de nuestro trabajo. Le recuerdo, que ha sido usted quien se ha interesado por nuestros servicios. Además, Neurocorp les garantiza el anonimato de por vida.

—No voy a ser cómplice de un delito.

—En ese caso, señor Belov, nuestros intereses culminan aquí. Le deseo un buen día.

SERBSKY

En la primera semana de agosto, Olenka comenzó a mostrar un notable deterioro de su estado anímico. Su cuidadora, Anesha, fue la primera en percatarse de ello. Durante la noche, la tullida mujer se despertaba gritando. El mutismo dominaba su comportamiento durante el día y, de vez en cuando, Luka observaba comportamientos extraños en ella. Los desvaríos se fueron incrementando conforme avanzaban los días. La risa y el llanto, sin motivo alguno, llegaron a ser cotidianos. El domingo, día diecinueve de agosto de 2035, Olenka Rudakova hubo de ser internada a causa de una crisis sicótica.

El instituto Serbsky se ubicaba a las afueras de Moscú. Un centro de prestigio y, también controvertido, por hacer negocio con la enfermedad mental. En esa época, la psiquiatría moderna había perdido su trayectoria. Después de que se considerara que un veinticinco por ciento de la sociedad padecía algún trastorno mental, la psiquiatría campaba a sus anchas, medicando a personas normales, en un diagnóstico sobredimensionado.

Luka continuaba en una espiral hacia el abismo. Ese acontecimiento era el broche a una incesante pérdida de confianza en sí mismo, y en Olenka. Él más que nadie sabía, que su mujer se había dejado caer por el precipicio de la locura, antes de admitir esa forma de vida. Nastassja, la joven psiquiatra que se sentaba frente a él, también lo intuía. Habían

pasado tres semanas desde que Luka intentara dar solución a sus vidas, y el asunto se había estancado.

—Por el momento, se encuentra sedada y estable —explicó Nastassja.

— ¿Qué pronóstico le augura?

—Es imposible determinarlo aún. Su mujer ha sufrido un episodio agudo. La psicosis paranoide está en sus inicios. Personalmente, opino que si la causa persiste, Olenka sufrirá una cronificación de su patología mental.

— ¿Se refiere al hecho de no aceptar su inmovilidad?

—Señor Belov, hay personas que lo admiten, otras que tardan una vida en aceptarlo y, por desgracia, una mínima parte que no lo logra admitirlo. Su mujer no va a ceder en sus convicciones.

— ¿Está segura de ello?

—Estoy convencida de que si tuviera la más mínima posibilidad de suicidarse, sin duda, ya lo habría hecho. Solo ha optado por el único camino que le quedaba: la locura. Enajenarse y evadirse de la realidad.

— ¿Qué me aconseja? —preguntó Luka con resignación.

—Lamentablemente, no se le puede devolver esa movilidad que la ha castrado física y mentalmente. Creo que debería ser atendida por un psicólogo clínico y, por supuesto, mantener la medicación.

Luka se mantuvo absorto con las palabras de la joven doctora. El

pronóstico estaba diáfano. De una estrella radiante, Olenka se había convertido en la luz de una vela; una candela que acabaría apagándose sin remedio. Fue en esa entrevista, cuando el magnate ruso decidió su futuro y el de su mujer. Sabía cuál era la terapia adecuada. La había tenido entre sus manos. Era el momento de valorar, qué apreciaba más en su vida.

---oOo---

Durante una semana y, mientras Olenka se recuperaba, Luka Belov intentó reanudar el contacto con Tadeus Kostka. El silencio como respuesta le hizo ahondar más en su ímpetu. Cuando menos se lo esperaba y, dando por perdida una nueva negociación, su teléfono móvil le anunció una fecha y hora. Luka nadaba ya, en el caldo de cultivo propicio. Era difícil, que se opusiera a las condiciones que Tadeus estaba a punto de imponerle.

De nuevo, el rostro impassible del neurocirujano apareció en la pantalla. En esta ocasión, Tadeus sabía que el noventa por ciento del contrato apuntaba a su favor.

—Supongo que ha tenido tiempo para recapacitar. Tiempo muy valioso para su mujer y que usted ha desperdiciado.

— ¿A qué se refería al decir que Neurocorp nos garantiza el anonimato?

—Supongo que a estas alturas, habrá valorado lo que, de verdad, le importa. ¿No es así Luka?

—Sí, por supuesto que sí.

—Debe usted estar dispuesto a empezar una nueva vida. Neurocorp se lo garantiza. Nosotros nos ocuparemos de todo.

—Explíquese.

—Usted y su esposa deben morir.

— ¿Qué?

—Relájese, es solo una forma de expresarlo. Ante la sociedad, ustedes deben figurar como fallecidos. Nosotros nos encargaremos de todo.

— ¿De qué?

—De fingir un accidente mortal. No se preocupe, ya tenemos experiencia en ello.

—Veo que lo tienen todo estudiado.

—Luka, ¡no sabe cuántas personalidades viven desperdigadas por el mundo en el anonimato! Se asombraría al conocer que muchos de ellos, dados por fallecidos, disfrutaban de una vida nueva en paraísos soñados. Le buscaremos el lugar más idóneo, para usted y su querida esposa. Antes de desaparecer, transferirá toda su fortuna a ese lugar de retiro. Nuestros cirujanos plásticos remodelarán sus rostros. Una vida nueva, Luka. Considere que va a pagar por nacer de nuevo. Usted y Olenka

volverán a reencontrarse.

— ¿Qué me va a costar todo esto?

—Una minucia para usted. Creo que con cincuenta millones de dólares será suficiente. Aparte de su nuevo Falcon, claro está.

— ¿Mi nuevo jet privado?

—Le aseguro que no estamos interesados en apropiarnos de su nuevo avión —respondió riendo. —Solo forma parte del entramado. ¿No le apetece compartir la experiencia de su mujer?

—Entiendo.

—No quedará rastro de ustedes. Se lo aseguro.

—Me deja sin identidad, sin mis negocios y sin mi avión. ¿Algo más?

—Créame, no va a necesitar ese jet.

— ¿Trata de decirme que no podremos movernos de ese lugar de destino?

—Correcto. Debe de entender que no podemos correr riesgos.

— ¿Y si lo hacemos?

—Luka, no me obligue a explicarle cómo actuamos en esos casos.

—Desapareceremos de verdad.

—Algo así.

El albino cincuentón se quedó pensativo y Tadeus solo tuvo que darle

un pequeño empujón:

— ¿Cree que una jubilación, como le estoy proponiendo, es asequible para cualquier mortal? Nadie se retira a unas islas, atiborrado de dinero y acompañado de la mujer a la que ama. Sin contar, por supuesto, en estrenar un nuevo cuerpo. ¿O no lo había pensado?

—No. No he tenido tiempo ni humor para ello.

— ¿Alguna preferencia en especial?

— ¿Tiene donde elegir? Solo falta que me enseñe un catálogo. ¿De qué demonios me está hablando?

—Le hablo de juventud. ¿Hay algo más deseado por alguien que la perdió?

—No —respondió asumiendo su debilidad.

—No se castigue, Luka. Ella también acogerá de buen agrado recuperar esa pérdida.

El rostro de Luka cambió. Al fin y al cabo, aunque el fango le llegase a la barbilla, aún disponía de salud y fortuna. Y vivir la última etapa de su vida en el anonimato y la abundancia, quizás fuera el premio a un inmerecido castigo.

— ¿Cuándo empezamos?

—Espere Luka, aún hay un asunto que debemos tratar.

— ¿De qué se trata?

—Sabemos que su mujer no tiene familia.

—Así es.

—Ese no es su caso.

—No. Mi hermano Edik es lo único que me queda —contestó extrañado.

—Luka, debe entender que es un tema muy espinoso. No podemos permitirnos que su debilidad por él, arruine nuestras expectativas de negocio.

—Creo que le entiendo —dijo Luka bajando la mirada.

—Si usted no cumple con nuestras condiciones, nos veremos obligados a incluir a su hermano en una solución drástica.

—No se preocupe. Sabré asumir la decisión.

—Bien, en unos días le enviaremos las directrices del proyecto. Siga paso a paso cada uno de los puntos y en la fecha indicada. Cuando comprobemos que ese jalón se ha cumplido, pasaremos al siguiente. Para empezar, cargaremos en la cuenta que nos ha suministrado, un importe de diez millones de dólares, en concepto de firma del contrato y gastos extraordinarios. Una vez recibido el dinero, le enviaremos la hoja de ruta del proyecto.

ARTEMI

“Dedicada a la diosa Artemisa”. Así bautizó Olenka a esa majestuosa residencia a las afueras de Moscú. Luka se la regaló al contraer matrimonio; una promesa de juventud, al igual que lo fuera su fidelidad.

Septiembre despuntaba en el calendario. Luka esperaba con impaciencia la llegada de su mujer y, también, ese dossier de instrucciones por parte de Neurocorp. Los jardines estaban decorados con exquisitez, como una ofrenda a ella, y una comitiva de emblemáticas personalidades degustaban el opulento refrigerio. Todo el personal de servicio esperaba, uniformados y alineados frente a la fachada principal, la llegada de su patrona. Para Luka era un merecido recibimiento y, también, una despedida. Tanto sus comensales como Edik, ignoraban tal motivo.

—Me alegro de verte más animado —dijo Edik rodeándolo por la cintura.

—Se lo debo todo a ella. Sin Olenka no hubiera tenido la valentía de crear y mantener el emporio. Estoy pensando en obsequiarla con unas vacaciones.

—Harías bien. Desde el accidente no te has tomado un respiro. Si nos fallas tú, nos vamos todos al traste.

—Edik, quiero que me prometas algo.

—Por supuesto, Luka. Sabes que siempre he respondido a tus indicaciones.

—Si me ocurriera algún percance, ocuparás la presidencia en el consejo de administración.

— ¡Vamos Luka!, ¿qué demonios te va a ocurrir? Tienes una salud de hierro. ¿Te has vuelto hipocondríaco a estas alturas?

—Prométeme que mantendrás la empresa. Sabes que siempre he sido fiel a mi política contra las fusiones.

—Por supuesto, —contestó extrañado y mirándolo.

—Quiero hacer algunos desembolsos importantes, antes de partir.

— ¿Qué le has comprado en Cabo San Lucas? —preguntó susurrándole y con implicación.

—Le he comprado esperanzas —respondió tras unos segundos.

—Entiendo —dijo extrañado.

La limusina atravesó el recinto amurallado y aparcó frente a ellos. Luka se abalanzó para ayudar a Anesha. Olenka estaba radiante. Su expresión había mejorado notablemente y, no solo, por el tratamiento. Luka ya le había adelantado algo.

---oOo---

El día había sido agotador y Olenka desesperaba por estar a solas

con su marido. Su rostro parecía haber cobrado vida. Sus ojos, gris azulados, volvían a brillar. La ilusión por volver a ser dueña de su cuerpo era patente en su mirada.

Luka había recibido un nuevo mensaje en su teléfono y se apresuró, nada más despedir al último de los invitados, en conducir a Olenka a su despacho. Conectó con Neurocorp y descargó un dossier.

— ¿Qué dice? —preguntó ella con inquietud.

—Nos dan una semana para prepararlo todo. Al parecer, disponen de una donante —añadió extrañado.

Había algo que no tenía sentido. Tadeus había remarcado que la reparación medular debía realizarse en menos de setenta y dos horas. ¿Cómo era posible que dispusieran de un cuerpo candidato, con tanta antelación? En cualquier trasplante de órganos, se avisa al receptor momentos después de la muerte del donante —pensó él. Su mente era un hervidero de conjeturas. Durante unos segundos, Luka intentó buscar una respuesta, mientras Olenka lo miraba perpleja.

— ¿Donante? —preguntó ella con extrañeza.

Luka se sentó junto a ella y le explicó la imposibilidad de reparar su lesión. Su rostro cambió. En ese instante se percató de que su vida no sería la única que cambiaría. Luka había cedido toda una vida de lucha, en pro de recuperarla. Olenka se entristeció. Sabía que todo estaba tramado y que ambos iban a sumergirse en aguas oscuras. Ella jamás había pensado en esa posibilidad. Sabía muy bien que era un tema tabú

y una práctica que, aparte de ser infructuosa, era ilegal. ¿A qué acuerdo había llegado Luka? —se preguntó y, por primera vez, sintió miedo.

—No estés triste —dijo él alzándole el rostro. —Tú eres lo único que me importa. Volveremos a ser los de antes. Un poco cambiados, eso sí, pero nuestras almas permanecerán intactas.

Esa muestra de amor y entrega, por parte de Luka, la enterneció. Pero también la envalentonó; hubiera deseado con todas sus fuerzas, estrecharlo entre sus brazos. Algo también proscrito para ella, y legal.

Luka le explicó todos los términos del proyecto, antes de seguir leyendo esa misiva. Olenka los acogió de buen grado; al fin y al cabo, era como renacer a una nueva vida. Por unos instantes, recordó aquellos años en los que aún no habían alcanzado el estrellato. Los saboreó. Quizás fueran —pensó, —los más felices. El anonimato les permitió algo que habían perdido: la libertad. Permanecer vigilado por la sociedad, era un pago demasiado duro. Luka lo había soportado mejor. Sus dotes de emprendedor iban ligadas a una necesidad interior de reconocimiento y admiración.

— ¿Qué va ser de Artemi? —preguntó ella, refiriéndose a la majestuosa residencia.

—También lo he dejado testamentado. Pasará a manos de Edik. Como comprenderás, no podemos venderla en estas circunstancias, y tampoco tenemos herederos legales.

Olenka se entristeció y él supo reconfortarla, después de hojear el

escrito.

—Seguro que encontramos una bonita mansión en Malé.

— ¿Maldivas? —preguntó ella cambiando de expresión.

—Según han determinado, será nuestra futura residencia. Habrá que transferir todo nuestro efectivo a una cuenta offshore en Malé. Me encargaré de liquidar tus cuentas y de firmar el testamento en nombre de los dos.

Cuando Luka levantó la mirada, la vio absorta y con la mirada perdida.

— ¿Te encuentras bien? —preguntó alarmado, presagiando otra crisis.

— ¿A quién pertenece ese cuerpo?

—Eso no debe de preocuparte. No creo que lo sepamos jamás — contestó bajando de nuevo la mirada hacia el documento.

Olenka permaneció esperando una respuesta más plausible. Intuía que entre esas líneas, figuraba algún dato de la desgraciada donante.

—Según esto, —dijo Luka mirándola a los ojos, —pertenece a una joven de veintidós años. Es lo único que describen del donante.

—Me prometiste fidelidad —espetó ella hincándole la mirada.

Luka se ruborizó y sintió que el aire no llegaba a sus pulmones. Con el rostro desencajado y sin tener una respuesta acorde, se mantuvo en

silencio hasta que Olenka rompió a reír.

FIRUZA

Suele haber lugares que no figuran en la prensa diaria. Países y sitios que parecen estar desligados de la vorágine mediática. Ausentes en una sociedad ávida de noticias y, por supuesto, en la mente de Luka y Olenka.

Norak lo era. Una ciudad de diecinueve mil habitantes, en la provincia de Khatlon (Tayikistán).

Situada al suroeste de Dusambé, la capital, era el enclave de la central hidroeléctrica construida a más altitud, y donde sobrevivía Firuza Rahimova. Esa joven veinteañera y originaria de Ghonchi, provincia de Sughd, contaba los días como si de una reliquia se trataran. Sentía como la vida se le escapa entre las manos, pero su alma estaba colmada. Veintidós años vividos en la inmundicia y que la condujeron al éxtasis y a esa prisión.

A la edad de dieciséis años y, ante la extrema pobreza de su familia, Firuza se vio forzada a contraer matrimonio. Ese hombre, elegido por sus padres y que doblaba su edad, la arrancó de su entorno y la enclaustró con su familia. La adolescente paso a ser una inmundicia en el clan. Su marido la violó hasta dejarla encinta. Y Firuza huyó.

En un país que se vuelca hacia el islam, para cumplir las funciones que el estado no puede asumir, Firuza estaba expuesta a todo.

Cuando dio a luz, entre lobos, yaks y leopardos de las nieves, no dudó

en deshacerse de su hija. Una criatura sin nombre, que fallecía sumergida en el agua helada. Firuza había desestimado criar a una nueva presa, desde que quedara encinta.

Su suerte cambió, para bien o para mal. Tayikistán, un país en el que la mitad de sus ocho millones de habitantes vivían bajo el umbral de la pobreza, impulsaba a las mujeres a la delincuencia. Firuza no tuvo opción. Se alistó como “mula”, en el tráfico de heroína.

Su vida cambió. Con veinte años se trasladó a Dusambé. Jamás había visto una ciudad tan poblada y con tanto ajetreo. La capital de la república se convertiría en su nueva residencia y lugar de trabajo. Quién mejor que ella, con experiencia y canales de distribución, para abastecer de droga a la ciudad. Y fue allí, donde los instintos más primarios y aletargados, despertaron en su mente.

Nahir Bayzoev, una joven yonqui uzbeka asentada en los suburbios de Dusambé decidió cambiar de “camello”. Con el trascurso de los meses, terminó compartiendo la habitación de su suministradora y, también, su intimidad. Firuza dejó airear su sexualidad y la convirtió en su amante, a cambio del consabido “caballo”.

Después de años, ajena al consumo del opiáceo, Firuza terminó cayendo en sus garras. A partir de ahí, la mente de la joven traficante se fue deformando. La fijación por la femineidad y una encarnizada lucha interior contra los cánones del islam, la condujeron a tatuarse el vientre. Con esa enseña: una mujer apuntando con una flecha, bajo una media

luna, Firuza se había erigido en una justiciera.

Y así fue. Ante la caída de su negocio, la joven tayika recurrió a sesgar más de una vida, de aquellos que fueran sus suministradores. Y también la de Nahir, cuando supo que estaba preñada.

No fue difícil capturarla y juzgarla. En otra época, años antes, hubiera terminado su vida entre rejas con una condena eterna. Pero en 2025, bajo la influencia del régimen iraní, el actual presidente de la república derogaba esa moratoria de la pena de muerte decretada por su antecesor. El incesante incremento del tráfico de drogas y de la delincuencia en general, sirvió de subterfugio.

Ahora, después de un año de aislamiento en una celda incomunicada, Firuza esperaba el castigo impuesto. Tumbada en un sucio catre y despojada de la vestimenta de la prisión de Norak, la reasentenciada a la pena de muerte recibía una visita.

Sherkhon Taghoyeva, el cenceño y tizado responsable de la penitenciaría, se sentaba en una banqueta frente a las rejas. Durante unos segundos, sus ojos recorrieron la lujuriosa figura de su huésped. Firuza mantenía aún la belleza de la juventud, a pesar de su profana vida.

—Supongo que imaginarás el objeto de mi visita.

La joven se mantuvo en silencio y recostada.

—Te hemos reservado el viernes para que ajustes cuentas con tu dios.

— ¿Quieres que te recomiende ante él? —espetó ella con los ojos aún cerrados.

—Deberías ser más disciplinada a estas alturas.

—He estado sometida durante demasiados años. Ya es hora de mi liberación.

— ¿Llamas liberación a la horca?

—Tú, jamás lo entenderías.

Sherkhon se carcajeó mientras daba un vistazo a sus largas y ennegrecidas uñas.

—Afortunadamente, ese cuerpo que luces será, algún día, manantial de vida.

Firuz se incorporó en el lecho y se giró hacia él.

— ¿Tratas de infringirme más castigo? Ya fui sentenciada y voy a pagar por ello.

—Verás, el sueldo de un director de prisiones no es muy boyante.

Firuz se abalanzó hacia los barrotes con furia y gritando improperios. Ahora, el famélico director penitenciario, podía regocijarse con el esplendor de la joven. Y en su lento recorrido por esa piel aterciopelada, se topó con el emblema aturquesado.

NUUK

Sheremétievo era el segundo aeropuerto en densidad de tráfico de Moscú. Situado al norte de la capital rusa, había sido designado por Neurocorp, como punto de partida de ese complejo y estudiado viaje. Allí, en la zona reservada para vuelos privados, el Dassault Falcon 9X, un trirreactor de novísimo diseño, esperaba su embarque.

La limusina no tardó en aparecer y en situarse a uno de sus costados. Luka y Edik ayudaron a bajar a Olenka, mientras unos operarios se hacían cargo del equipaje. De forma incomprensible, era Edik el que mostraba alegría. El magnate y su esposa no podían ocultar su tristeza. Para ellos era una despedida en toda regla.

— ¿Es el nuevo auxiliar de vuelo? —preguntó Edik observando con extrañeza al joven de rasgos caucásicos y exquisitos modales. —Cuando me presentaste a la nueva tripulación, creo recordar que era rubia —dijo sonriendo.

—La despedí —contestó Luka de forma improvisada, y algo inquieto.

—Yo soy la responsable —interrumpió Olenka. —Era demasiado atractiva. No me fio de este cincuentón.

Edik sonrió, sin dejar de observar al individuo.

—Os voy a echar mucho de menos.

—Nosotros también a ti —dijo Luka enterneciéndose.

—No os preocupéis, sabré apañármelas solo.

—Seguro que sí —añadió Olenka guiñándole y sonriendo.

—Estoy convencido de que vais a pasarlo bien. Os hacía falta desconectar de todo por un tiempo. Cabo San Lucas os va a encandilar.

—Bueno, sabes que esos mejicanos no son de mi agrado —dijo Luka y los tres rieron.

—Llamadme cuando hagáis escala en Nuuk.

—No te preocupes.

Luka se abrazó a él y lo besó con pasión en la mejilla.

— ¡Vamos grandullón!, parece como si no fuéramos a vernos más — exclamó Edik.

—Tienes razón, estoy un poco sensible. ¡Hacía tanto tiempo que Olenka y yo no nos tomábamos unas vacaciones!

Edik se agachó y acarició el rostro de Olenka.

—Respira a fondo esa brisa del caribe. Volverás a ser la de antes.

—Estoy convencida de que será así —contestó ella mirándolo con ternura.

---oOo---

Apenas había transcurrido veinte minutos, cuando el joven auxiliar de

vuelo de origen inglés, se sentó frente a ellos.

—Mi nombre es Jim, —dijo entregándoles un dossier a cada uno. — Desde este momento y hasta que aterricemos en Dusambé, seré su guía y el responsable de sus vidas. Como ya saben, haremos escala en Nuuk, Groenlandia. Será allí, donde desembarcarán y subirán a un Gulfstream G200, propiedad de Neurocorp.

— ¿No corremos riesgo de que nos vean bajar del avión? — interrumpió Luka.

—No se preocupe. Nos han asignado una zona alejada de las terminales. Solo el camión de repostaje hará acto de presencia. Mientras tanto, les ayudaré a subir a un vehículo que nos transportará hasta un hangar.

— ¿Qué hay de los pilotos? —volvió a preguntar Luka.

—Shali, el copiloto, nos acompañará hasta nuestro avión y ocupará su puesto junto al comandante de la nave.

— ¿Todo bien? —dijo un hombre entrado en la treintena, apostado a la entrada del compartimento.

—Les presento a Husani Bartra. Él será quien se deshaga de esta joya y, de ustedes —dijo entre comillas.

— ¿Dónde tendrá lugar? —preguntó Luka.

—En aguas del Mar de Labrador —contestó el comandante egipcio, sentándose junto a Jim.

Olenka lo miraba sorprendida. No podía creer que ese hombre enjuto y de tez morena, fuera capaz de pilotar la aeronave solo, para después, arrojar al vacío.

—No se preocupe —prosiguió Husani. —No es la primera vez y tampoco será la última.

— ¿No le teme a esas aguas del Atlántico Norte?

—Voy bien equipado. Además, habrá un buque esperándome.

Luka paseó la vista por su flamante y lujoso jet, con nostalgia.

—Le entiendo señor Belov, pero créame, es lo más efectivo. En el fondo de ese mar hay más de un pecio. Creo que debe ser el fondo marino con más riqueza del todo el globo.

---oOo---

El tren de aterrizaje del Falcon se desplegó, por última vez, en suelo groenlandés. Todo trascurrió tal y como estaba planeado. El pequeño séquito se trasladó al segundo avión, en el mayor anonimato. Una vez instalados en su interior y, mientras los pilotos revisaban el plan de vuelo hacia la capital tayika, Luka encendió la pantalla situada frente a él. Debía decir su último adiós a ese hombre, de carácter afable, que le había demostrado un cariño incondicional.

—Bueno, rumbo a la Baja California —dijo Luka nada más ver a Edik en el plasma.

— ¿Qué tal Olenka?

—Se ha dormido. No está acostumbrada a este ajetreo en su estado.

—Envíame imágenes de ese chalet en “el pedregal”. Conociéndote como te conozco, apostaría que es un vergel.

—No te preocupes, lo haré —contestó con la mirada perdida.

Edik miraba la imagen de su hermano consternado, y algo más. Al fondo, en uno de los mamparos de la aeronave, el anagrama del constructor resaltaba tras la imagen de Luka.

—Sé que me estas ocultado algo —dijo Edik con los ojos enrojecidos, —pero no tengo más remedio que asimilarlo. Solo espero, que sepas lo que estás haciendo.

Luka guardó silencio, tratando de mantener la compostura y su consabido talante y fortaleza. Al final, sus labios lograron despegarse:

—Siempre has confiado en mí.

—Por supuesto, hermano. Has sido como un padre.

—Pues ha llegado el momento de que vuelas solo. Al menos por un par de semanas —añadió sonriendo.

—Claro que sí, Luka —contestó devolviéndole la sonrisa y evitando las lágrimas sin dejar de pestañear. —Os lo merecéis.

—Te enviaré esas fotos.

---oOo---

Luka también cayó en los brazos de Morfeo. Solo Jim permaneció atento a los cuidados de sus anfitriones. Los cinco mil kilómetros que separaban Nuuk de Dusambé fueron recorridos por ese avión, desafiando al astro rey. De la gran isla, perteneciente al Reino de Dinamarca y hasta la capital de Tayikistán, la claridad había vuelto a reinar en el habitáculo.

A las once de la mañana del jueves, cuatro de octubre, el jet trimotor desplegaba su tren de aterrizaje en suelo de la república de Tayikistán. Luka y Olenka despegaron sus párpados al unísono, ante las maniobras de aerofrenado. El delicado trayecto había concluido.

NEUROCORP

En una ciudad, donde la pobreza campaba a diestro y siniestro, el famoso matrimonio moscovita fue acomodado en un oasis. Un gueto ajeno a la inmundicia y desconocido por el vulgo, que no por el Estado.

Neurocorp se escondía a las afueras de Dusambé. Un viejo y destartalado edificio considerado por la población y por la sanidad tayika, como el emblema de la psiquiatría, albergaba en sus sótanos a un criminal y su élite.

Cuando Luka y Olenka, asistida por Jim, atravesaron los pasillos de la planta baja, el magnate sintió el amago de huir. Y no era para menos. El hacinamiento y la pobreza los sumergió en otro mundo. Una realidad que había permanecido diáfana a sus ojos y a su vida. Luka optó por no hacer frente a lo que contemplaban sus ojos. Olenka no tuvo la osadía que él. Durante el recorrido de esos lúgubres corredores, su mente divagó entre la opulencia y extravagancia que había denostado en esas pasarelas. Su mirada se escondía tras un sentimiento de vergüenza infinito. Era Jim, quien se mostraba inmutable. Como si todo aquello formara parte de su vida.

Ese remordimiento interno les duró poco. Al final de uno de los pasillos había un ascensor. Una escapatoria de ese inframundo, que les haría sentirse más humanos; más acordes con su doctrina y menos tiranos. Mientras descendían, Luka comenzó a sentir que su alma

recobraba la entereza. Las efímeras imágenes que desfilaban ante sus ojos, en cada planta, volvieron a situarlo en su estatus. Y al pisar fondo, Luka Belov recobró su poderío.

Al abrirse las puertas, Luka creyó estar en el Waldorf Astoria. Olenka mostró regocijo, al contemplar la decoración “art déco”, copiada al mínimo detalle, en el gran vestíbulo que se abría ante ellos. Una imponente sala diáfana que se extendía tres plantas hacia arriba, tapizada en mármol blanco.

Un hombre alto y elegantemente vestido se aproximaba a ellos, escoltado por dos de sus pupilos. Era Tadeus Kostka en persona.

—Bienvenidos a mi reino —dijo con arrogancia y petulancia. — ¿Dispuesta a renacer? —prosiguió, cogiendo la insensible mano de Olenka.

— ¿Todo en orden? —preguntó Luka, sintiéndose desplazado.

—Por supuesto —le respondió él, dirigiéndole la mirada a título de cortesía. —Mañana será el gran día. ¿Sabe que el viernes es un día memorable para los musulmanes?

— ¿A qué se refiere? —preguntó, tratando de recuperar su abolengo.

—El viernes es un día importante para el islam —dijo cogiéndolo del brazo e invitándolo a caminar. —Es el día en el que los musulmanes se reúnen a rezar en congregación.

— ¿Y eso es importante en estos momentos? —preguntó con

arrogancia.

— ¡Vamos Luka!, lea entre líneas. Tenemos todo de nuestra parte —
dijo riendo.

—No soy creyente y, menos, de la religión islámica.

—Ser ateo en estas circunstancias es lo más apropiado.

— ¿Cuándo tendré mi nuevo cuerpo? —interrumpió Olenka con
contundencia.

—Mañana —contestó Tadeus en seco, volviéndose hacia ella.

---oOo---

Luka y Olenka fueron despertados en sus respectivas habitaciones, en los albores de ese viernes sombrío. La tarde del día anterior y, buena parte de la noche, habían sido ajetreadas. La pareja había sido sometida a los protocolos preoperatorios. La intervención quirúrgica de Luka para remodelar su rostro, se llevaría a cabo en un par de horas y por un solo cirujano. No era así en el caso de Olenka. Un ejército de expertos procedentes de todo el planeta, se daban cita en el clandestino centro. Divididos en dos grupos, realizarían la intervención quirúrgica más compleja y extravagante de la historia de la cirugía.

Tadeus entró en la habitación portando unos periódicos, y se los entregó a Luka.

—Parece que han tragado el anzuelo.

El magnate los hojeó. La prensa internacional se hacía eco de la noticia. Él y su mujer figuraban como desaparecidos y presumiblemente fallecidos. Los servicios de rescate groenlandeses y canadienses estaban peinando la zona del estrecho de Davis. Era ahí, donde la aeronave había perdido altitud bruscamente, hasta desaparecer de las pantallas de radar.

Luka se compungió al pensar en Edik. Era un dolor agudo y compartido.

— ¿A qué hora comenzará la intervención de mi mujer?

—Olenka será sedada a las once. Calculo que sobre las once y cuarto, dispondremos de la donante.

— ¿Quién es?

— ¡Vamos Luka!, sabe muy bien que usted y su mujer han firmado rehusar a indagar en su identidad. Solo le puedo decir que es un cuerpo joven, sano y esbelto. Lo va a disfrutar, se lo aseguro —dijo riendo.

---oOo---

A las once en punto de la mañana, tal y como había concretado Tadeus, los párpados de Olenka se entornaban en un plácido sueño. Otros párpados estaban a punto de hacerlo, a cincuenta kilómetros de Dusambé.

Firuza subió al cadalso y le anudaron la soga. Pero su muerte no sería como otras tantas. Su verdugo tenía instrucciones de no lastimar su estilizado cuello. Al dar las once, el ejecutor de la sentencia le aplicó la “caída corta”, un método en desuso y en el que el reo sufría una estrangulación lenta y dolorosa. En este caso, el valioso cuello de Firuza no había sufrido rotura ni su cuerpo había entrado en parálisis.

Ante las miradas de funcionarios de justicia y policiales, Firuza estaba formalmente muerta. Nada más lejos de la realidad. Todo un espectáculo tramado.

En pocos minutos, el cuerpo inconsciente de la joven fue subido a un helicóptero y trasladado al funesto centro quirúrgico. Durante el corto trayecto, un equipo médico mantuvo las constantes vitales de Firuza, después de administrarle un anestésico. Su corazón continuaba latiendo y su respiración asistida.

Quince minutos después y, mientras a Luka le desfiguraban el rostro, la magna operación comenzaba en un amplio y complejo quirófano.

Dos equipos de expertos, inyectaron inotrópicos intravenosos en el cuerpo de la donante y la receptora, creando una hipotermia inducida. Era así, como la demanda de oxígeno por parte de los tejidos, descendía drásticamente. Tras un par de horas y, hasta alcanzar de forma gradual la temperatura corporal adecuada, un segundo equipo de cirujanos vasculares procedió a diseccionar las arterias de ambos cuellos. En el caso de Olenka, sus carótidas y yugulares fueron conectadas a un

circuito extracorpóreo, manteniendo su cabeza irrigada. En el de la desgraciada Firuza, fue el cuerpo, el que se mantuvo conectado a un circuito similar.

Después de diez horas de intervención y, mientras Luka despertaba de la anestesia, un tercer equipo de neurocirujanos separaba ambas cabezas, mientras Firuza continuaba viva. Mediante un escarpelo micrótopo, capaz de realizar un corte de dos micrómetros de grosor, ambas médulas fueron seccionadas.

Un tercer equipo de reemplazo, el más especializado, se dedicó a unir ambos canales medulares. Esa era la parte más delicada de la intervención, la que jamás se había conseguido con éxito, y la que Tadeus dirigía como un director de orquesta. Él lo había conseguido.

MALÉ

Había transcurrido algo más de dos meses. Durante ese tiempo, Luka la visitaba a diario. Se sentaba al borde de la cama y mantenía largos monólogos con ella. Olenka permanecía en un coma inducido para minimizar los daños y garantizar la recuperación.

Esa mañana, lo llamó Tadeus. Olenka había despertado.

—Feliz año nuevo —dijo Luka sentado a su lado.

— ¿Quién eres? —preguntó aturdida.

—Compruebo que me han hecho un buen trabajo. Al igual que contigo.

Aunque el cuerpo de la mujer continuaba cubierto y Luka aún no había tenido la posibilidad de contemplarlo, sí que su rostro denotaba mejoría. Durante dos meses, Luka había presenciado una faz abotargada y amoratada.

Olenka no recordaba nada en esos momentos. Ni tampoco, a ese hombre calvo y con más de una cicatriz en la cara. Pero esos ojos que la miraban con ternura, eran los mismos, y ella se emocionó.

—Bien, bien —dijo Tadeus apostado al fondo de la habitación. —No conviene que esta belleza sufra más.

El neurocirujano se aproximó a la pareja y se sentó al otro borde de

la cama. Destapó un poco de sábana y cogió la mano atada de su paciente.

—Ya ha pasado todo —dijo, entrelazando sus dedos con los de Olenka.

Luka rompió a llorar. Su mujer apretó la mano de Tadeus, en un acto de profundo agradecimiento.

---oOo---

Durante dos meses, Olenka fue sometida a una intensa terapia de rehabilitación. Luka la observaba sin pestañear. Bajo esa vestimenta que se ceñía a su cuerpo, él adivinaba una figura envidiable y unos encantos aún por descubrir. Tadeus le había prohibido todo tipo de injerencia en ella. Olenka debía aceptarse poco a poco, antes de dar a conocer su nueva fisonomía corporal. Luka lo aceptó. Pensó que un buen vino había que degustarlo después de que tomara forma y sabor.

A principios de abril, Tadeus Kostka dio por finaliza la última etapa del proyecto. Olenka mostraba una movilidad completa y solo su cuello permanecía oculto bajo un collarín. Esa cicatriz, aún necesitaría un par de meses más, para terminar siendo inapreciable. Su tez había sido convenientemente pigmentada, hasta no destacar con el resto de su cuerpo.

Sentados frente a ese dios de la cirugía, la pareja recibía las últimas

directivas del acuerdo.

—Aquí tienen todo lo necesario —dijo entregándoles un maletín. — Sus nuevas identidades, los billetes que les hemos reservado hacia Maldivas y una reserva de tres meses, en el resort Amilla Fushi. Les aseguro que les encantará, al menos, hasta que encuentren su nueva residencia.

Olenka reposó su cabeza en el hombro de Luka, mientras éste, hojeaba los documentos.

¿Fedor Kuzmin?

— ¿Por qué no? —respondió Tadeus. — “Don de Dios”, ¿o no es eso lo que ha recibido? A Olenka la hemos bautizado como “la renacida”. Supongo que “Nastya” será de su agrado.

—Por supuesto que sí —respondió ella. — ¿No te gusta cariño?

—Claro, supongo que me acostumbraré.

---oOo---

Luka y Olenka viajaron, como hacía una eternidad. Fue quizás en ese vuelo, donde ambos tomaran conciencia de sus nuevas identidades. Rodeados de la clase mundana, la pareja asimiló que todo había sido un paréntesis. Sencillamente, se habían perdido en el tiempo. Ahora y, de camino a la capital de la república de las Maldivas, Luka soñaba con descubrir ese regalo, y Olenka por ofrecerlo.

Después de trece horas de vuelo y hacer escala en Estambul, divisaron un nuevo amanecer en territorio maldivo. No era la primera vez. La pareja había pisado suelo en el atolón de Malé, hacía ya demasiados años. Edik les aconsejó celebrar la boda en esa república islámica. Y así fue. Los recuerdos afloraban en su memoria, mientras sobrevolaban esos atolones del océano Índico.

Desde Malé y en hidroavión, se trasladaron hasta el atolón de Baa, lugar de destino y donde se ubicaba el lujoso resort. A primera vista, la estancia reservada por Neurocorp, fue del agrado de Luka. Un exclusivo chalet a orillas del mar y rodeado por un palmeral, sería el punto de partida de una nueva vida. Por primera vez y, frente al océano, Luka y Olenka se abrazaron entre lágrimas y sollozos. Todo había acabado. Aunque la nostalgia de otra época los embargara, y el sentimiento hacia Edik estuviera aún candente, un futuro prometedor se adivinaba ante ellos.

La tarde transcurrió entre llantos y risas. Paseando por la arena, ambos comenzaban a sentir que todo había sido como una pesadilla. Luka estaba convencido de que olvidarían en poco tiempo todo lo ocurrido.

El sol se ocultó en un atardecer idílico. Luka le propuso cenar en Jahaz. Ese restaurante, en la isla Halaveli, fue el preámbulo de una noche de bodas inolvidable, y ambos deseaban revivirlo.

Pero la experimentada pareja parecía volver a sus inicios, en todos

los sentidos. Olenka fue incapaz de mostrar su cuerpo. El pudor la embargó, mientras Luka se vestía ante ella. Él, solo pudo adivinar, a través del esmerilado cristal de la ducha, la lasciva y lozana figura de su mujer. Por un momento, se avergonzó. Jamás había estado con otra mujer y, eso, era lo que sentía.

---oOo---

Jahaz era un restaurante emblemático, en el corazón de un complejo hotelero situado en el atolón Ari. Una lancha rápida los dejó en el embarcadero y ambos fueron recibidos con la hospitalidad propia de las Maldivas.

—Ha cambiado poco —dijo Olenka paseando su mirada y sintiéndose deslumbrada.

Luka también se sentía hipnotizado y no por el local. Su mirada seguía la frescura y la lozanía de los andares de ella. Esos movimientos eran nuevos. Sus poses y sus ademanes parecían haber cambiado al compás que esa nueva identidad.

—Estás más hermosa que nunca —dijo Luka tomando asiento frente a ella.

Olenka sonrió, al ver cómo la mirada de su marido volvía a clavarse en su escote.

—He pensado que deberíamos posponer esa visita a Malé para otro

día —dijo con voz seductora y estrechando las manos de ella.

—Debemos arreglar aún muchos cabos sueltos —respondió Olenka soltándose de sus manos y desviando la mirada hacia la entrada del local.

Luka la observaba. Los ojos de Olenka adoptaron un brillo especial y, su rostro, una expresión que jamás había contemplado. Él no supo definirlo en esos momentos y trató de no girar la mirada. Pero esa mujer pasó frente a ellos, dejando una estela de sensualidad.

— ¿La conoces? —preguntó Luka desconcertado.

—No —contestó después de unos segundos, como si hubiera salido de un trance.

— ¿Estás segura?

—Sí, estoy segura —respondió Olenka también desconcertada.

—Por un momento, he temido que esa mujer te hubiera reconocido.

—Me ha llamado la atención su vestido. Eso es todo.

Olenka cogió la copa de vino e invitó a Luka a un brindis. Ambos cristales chocaron, y la mirada del magnate se clavó en esa solitaria y esbelta mujer.

ARTEMISA

Esa noche no fue como aquella en la que ambos festejaron sus nupcias; velada de vino y lujuria. Luka no vio el clima adecuado para intentarlo y, Olenka, no hizo la menor insinuación. Ambos, aunque fatigados por el viaje y todo lo ocurrido, no dejaron descansar sus mentes. En el silencio de la noche, roto por el arrullo de las olas y el silbido de la brisa, fingían dormir. Pero la mente de Luka se debatía en un temor que había surgido como un fantasma. El miedo a ser reconocidos, empezaba a abrumarlo. No era el caso de Olenka. Ella apenas logró cerrar los ojos, haciéndose consciente de algo que comenzaba a invadirla.

Fue antes de amanecer, cuando ambos, vencidos por el cansancio, plegaron sus párpados. Pero sus sueños fueron livianos. Luka se despertó alarmado por un grito, cuando los primeros rayos de sol acariciaban su rostro. Olenka estaba sentada en la cama, ocultando con ambas manos su rostro, y aterrorizada.

— ¿Qué te ocurre?

—No lo sé —respondió ella desorientada y sollozando.

Luka la abrazó y acarició su pelo. Era la primera vez, que sentía esa nueva piel rozando la suya y, también, algo extraño e inexplicable.

—Tranquila, ha debido ser una pesadilla —dijo tratando de reconfortarla. —Ha sido todo muy duro, pero ya ha pasado.

—No ha terminado, Luka —dijo rompiendo a llorar. —Hay alguien dentro de mí.

— ¡Vamos cielo!, no te dejes llevar ahora por un simple sueño. Necesitamos descansar y olvidarnos de todo.

—Ella le abrió el vientre —dijo Olenka con la mirada perdida y balbuceando.

— ¿A quién te refieres?

—Artemisa.

Luka rompió a reír.

—Sabía que más tarde o más temprano, esa obcecación por la mitología afloraría en tus sueños.

— ¿Me tratas como a una loca?, —espetó Olenka con vehemencia.

—Aquello ya pasó. Tranquilízate. Solo fue una reacción de tu mente contra tu invalidez —dijo soltándola y temiendo un resurgimiento de la psicosis. —Ahora no hay motivo que explique un desequilibrio mental.

El rostro de Olenka se relajó adoptando otro semblante. Cogió la mano de Luka y la llevó a su pecho. Él reaccionó sin pensarlo. Se encaramó sobre ella y trató de besarla.

— ¿Quieres violarme? —preguntó Olenka con la mirada clavada en él.

—Es lo que deseas, ¿o no es así? —respondió él, creyendo que, de

nuevo, retomaban ese juego que los llevaría al éxtasis.

Olenka lo agarró por el cuello con ambas manos, estrangulándolo con todas sus fuerzas.

— ¡No vuelvas a poner tus putas manos en mí! —gritó fuera de sí.

Luka cayó en la cama, exhausto y perplejo. Aún permanecía extenuado, cuando ella se puso en pie y el sol incidió en su vientre. Él se quedó aún más sorprendido, cuando vio el tatuaje.

---oOo---

Trascurrió una semana. Olenka parecía haber vuelto a la normalidad, a ser ella misma. En un principio, el silencio parecía haberse incrustado en la pareja. Pero conforme trascurrieron los días, el arrepentimiento de Olenka se hacía más evidente. Luka volvió a retomarla entre sus brazos, como si nada hubiera ocurrido. Su receptividad era total. Estaba dispuesto a soportar esas contrariedades, que Tadeus había dejado caer de forma subrepticia, y que podrían aparecer durante el proceso de recuperación emocional.

Luka adivinó, que Olenka entraba en ese pequeño cupo de pacientes en los que la identificación del “yo” se hacía más penosa. Por lo visto era así. Y así lo aceptó. Sabía que su sexualidad con ella se mantendría truncada durante bastante tiempo y que, era mejor, no forzarla. Olenka necesitaba tiempo.

Junio asomaba en el calendario. Una nueva remesa de turistas volvía a ocupar los bungalós cercanos a la playa. Luka había madrugado. Ya era hora de acercarse a la capital del país insular, para arreglar asuntos en torno al visado y comenzar a buscar una residencia definitiva. Olenka decidió no acompañarlo.

Esa mañana, mientras secaba su cuerpo después de un relajante baño, Olenka observó en el espejo el emblema tatuado. Por fin, comenzaba a tener sentido para ella. Una explicación elucubrada por una mente que derivaba día a día, hacia una psicosis más profunda y silente. Ese emblema parecía regir su destino. Una señal inequívoca de esa diosa mitológica. Y fue ahí y ese momento, cuando sufrió la llamada del Olimpo.

Olenka comenzó a sentir vahídos. Una desagradable sensación de mareo, sin movimiento, y un escalofrío que recorría todo su cuerpo. Encogida sobre las baldosas, como un feto recién parido, Olenka olfateaba el hedor de la muerte. En plena crisis, acarició su antebrazo, justo en esas marcas por las que había penetrado la savia en otros tiempos.

Durante algo más de una hora, Olenka se mantuvo adormecida. Todo había pasado.

Cuando despertó, su mente había cambiado. Era otra. Apenas lograba embutirse en la “psique” de esa diseñadora moscovita. Con el

rostro erguido, sus piernas la llevaron hasta el vestidor. Algo para cubrir su pecho y su pelvis. Y así salió. La crisálida que habitaba en su interior desplegó sus alas con todo su esplendor.

La joven y renovada Olenka, paseó por la arena blanca hasta toparse con ella. Una joven solitaria, perteneciente a la nueva casta. Un esbozo aún de mujer, que no se amilanaba ante nada.

Olenka no se acobardó. Se sentó a su lado y, embadurnando su mano de crema, la extendió con suavidad sobre su vientre.

Sophie no dijo nada. Esperaba que eso, o algo similar, ocurrieran durante su estancia. De hecho, la joven procedente de otras islas, las británicas, volvía a su encuentro con el sexo y la droga.

Ni que decir tiene, que Olenka, o lo que quedaba de ella, logró cumplir sus objetivos o necesidades. Durante toda la mañana y hasta que el sol se situó en su cénit, retozó a sus anchas con la joven. Estrenó, por primera vez su nuevo sexo, con alguien que la inspiró y la colmó de placer.

— ¿Dónde has conseguido la “farlopa”? —preguntó Olenka recostada a su lado.

—Conozco a alguien en Malé. No es la primera vez que vengo.

—Llévame hasta él.

FREDREK

La sede de Novolípetsk se ubicaba en la avenida Tverskaya, una vía comercial al norte de la Plaza Roja, con la mayor densidad de tiendas de lujo y firmas internacionales. En el mayor de los despachos del emblemático edificio, se sentaba Edik. El nuevo presidente del consejo de administración, ultimaba algunos asuntos antes de salir de viaje.

Edik Belov no había aceptado aún la pérdida de su querido hermano y benefactor. Continuaba anclado a un sentimiento de negación, propio de un duelo emocional profundo. En su interior surgían dudas e incluso, un sentimiento de ira, ante las muertes de Luka y Olenka. La culpabilidad asomaba a su mente. Quizás, debió implicarse aún más en el sufrimiento de ambos —se recriminaba a menudo. Ahora, el sucesor en el mando de la tercera metalúrgica del país, se preguntaba si Luka había decidido quitarse la vida junto a su mujer. Ese pensamiento lo aterraba.

El teléfono sonó. Era Inessa, su secretaria, informándole que alguien deseaba verlo.

—Concertale cita a mi vuelta, no dispongo de tiempo.

—Es concerniente a Luka —replicó ella.

Tras unos segundos, un tipo alto y bien vestido entró en el despacho.

—Disculpe la molestia, señor Belov. Me llamo Slavik, y soy el

testaferro de su fallecido hermano.

— ¿Testaferro? —preguntó Edik sorprendido.

—Luka Belov dejó testamentado un contrato fideicomiso y, lo nombró a usted, como fiduciario del mismo.

Edik sintió que todos sus temores se hacían realidad. Se compungió hasta el extremo de inquietar al enjuto abogado.

— ¿Qué sentido tiene, que testamentara? —preguntó esperando una respuesta plausible que lo liberara de su angustia.

—En eso no puedo ayudarle, señor Belov. Quizás, sufriera una enfermedad que usted desconociera.

Y sí que la sufría. La parálisis de Olenka era un cáncer que devoraba su mente día a día —pensó él.

Edik firmó el contrato y cada uno de los documentos anexados al mismo. En ellos, aceptaba ser el beneficiario de las cuentas bancarias del difunto, y de sus propiedades.

Slavik se fue igual que entró, mostrando unos modales cuidados, un lenguaje medido y una conducta aséptica.

—Inessa, aplazame el vuelo para esta tarde. Tengo que resolver un asunto esta misma mañana —ordenó pegado al teléfono.

Sberbank era el primer banco de la Federación Rusa. Grandes empresas como Rosneft, la petrolera rusa, depositaban sus fondos en la prestigiosa entidad. Novolípetsk también movía su caudal monetario en varias de sus cuentas, algunas de ellas, propiedad de Luka Belov. Edik nunca tuvo acceso a la información financiera de su hermano. Sabía que había almacenado una ingente fortuna y también que no escatimaba en gastos. Al fin y al cabo, era uno de los mayores potentados del país.

Sentado frente a Yuri Luzhkov, presidente ejecutivo de la entidad bancaria, Edik mostraba su inquietud y angustia.

—No tienes buen aspecto —dijo el rechoncho y calvo dirigente.

— ¿Por qué no me avisaste de que mi hermano había testamentado sus cuentas? —preguntó arrojando sobre la mesa los documentos firmados.

—Nuestra amistad no conlleva desvelar el secreto bancario. Sí, era tu hermano, y dejó bien claro que esto no trascendiera. Al igual que otras cosas.

— ¿Qué otras cosas, Yuri?

—Bueno, ahora que eres el titular de esas cuentas, tienes derecho a saberlo. Luka derivó gran parte de su fortuna hacia entidades offshore.

— ¿A paraísos fiscales? —preguntó aún más sorprendido. — ¡Vamos Yuri!, debe tratarse de un error. —Mi hermano no tenía intereses en

ningún territorio de ese tipo.

— ¿Crees que no sé reconocer un número de cuenta de Maldivas?

El máximo responsable de Sberbank pulsó un botón y ordenó a Vladik, su mano derecha, que se personase en el despacho.

— ¿Serías tan amable de traernos toda la información bancaria relativa a Luka Belov?, —le pidió nada más asomar.

Edik mostraba cada vez más asombro.

— ¿Quieres tomar algo? —preguntó Yuri poniéndose en pie y dirigiéndose a un disimulado mueble bar.

—No. Te lo agradezco —respondió sin parar de divagar.

—Edik, creemos conocer a los más allegados. Nunca es así —dijo sirviéndose una copa.

— ¿Qué tratas de decirme?

Vladik pidió permiso y entró en el despacho. Con un gesto de Yuri, le entregó a Edik la información requerida. La hojeó y bajó la mirada.

—Solo dejó lo suficiente para mantener sus propiedades —añadió el banquero.

---oOo---

Aún faltaban treinta minutos para embarcar en ese vuelo hacia Copenhague. La mente de Edik era un hervidero de conjeturas, mientras

tomaba un café. Una mirada hacia los paneles, al oír la llamada de embarque del vuelo anterior al suyo, y se quedó estupefacto.

Edik se abalanzó hacia él. Vestía con el consabido uniforme de comandante y parecía tener prisa.

— ¿Fredrek? —preguntó Edik sofocado.

—Sí, ¿En qué puedo ayudarle? —respondió sin dejar de mirar el reloj.

Edik se quedó paralizado. No sabía por dónde empezar.

—Disculpe, pero tengo prisa —le dijo respetuosamente.

—Veo que no se acuerda de mí.

—No. Siento defraudarlo. ¿Quién es usted?

—Luka Belov nos presentó, junto al resto de la tripulación de su nuevo jet privado.

—Lo siento, no le recuerdo. Aunque debe ser verdad. Luka Belov me contrató como comandante de su nuevo avión.

—Está claro que no pilotaba usted ese vuelo.

—Luka nos despidió a los pocos días. En un principio, me ofusqué a causa de su decisión. Pero a raíz del accidente, considero que he de agradecerse.

El joven piloto le ofreció la mano, indicándole su premura. La estrechó ante el silencio de Edik y se alejó entre el gentío.

SOPHIE

Una semana después y, tras múltiples escauceos con la joven oriunda de Gales, Olenka aceptó acompañar a Luka. Era un viaje previsto por él y meditado por ella.

La relación entre ellos, lejos de mejorar, denotaba un progresivo declive conforme pasaban los días. Olenka intentaba zafarse de él, alegando cualquier excusa. Hacía más de una semana, que Luka no compartía la mayor parte del día con ella. Sus constantes desplazamientos a Malé, con objeto de reglamentar sus visados y obtener el permiso de residencia, dejaban a Olenka en manos de sus pensamientos, cada vez, más delirantes.

Ese despego que se abría como una grieta entre ellos, estaba engendrando en él algo que jamás había sentido: celos. La mente clara y analítica del antiguo empresario, parecía deformarse ante el deseo no correspondido y la apatía por parte de ella. Sus conductas, cada vez más insólitas, lo denotaban. Olía sus ropas y registraba sus enseres, al volver cada tarde. Y en verdad que lograba extraer, un perfume ajeno a ella.

Ahora, sobrevolando los atolones, Luka intentó indagar:

—Abdul me ha dicho que aprovechas las mañanas para darte un chapuzón en la playa.

—No me gusta. Tengo la sensación de que nos espía.

—Reconozco que es un tipo reservado, ¡pero de ahí a que nos espíe!
Espero que hoy cerremos el trato y nos traslademos a nuestra nueva
residencia. Quiero que zanjemos esta tarde el tema de la servidumbre.

—Había pensado dedicar la tarde para hacer unas compras. Estoy
segura que podrás arreglártelas sin mí.

— ¿No pueden esperar? — preguntó Luka contrariado y molesto.

— ¿Así va a ser nuestra vida? —preguntó ella con desaire. — ¿Piensas
enclaustrarme en esta jodida isla? ¿Ser tu concubina particular?

—Aún no has dejado que me acerque a ti. Creo que estás siendo
demasiado dura conmigo —dijo él desviando la mirada hacia los atolones.

Olenka cogió su mano y la apretó. Luka entrelazó los dedos,
aceptando con buen agrado el gesto.

—Sé que todo esto es nuevo —dijo él. —Y también que la vida que
llevábamos nos aportaba una dosis de orgullo a nivel personal. Yo
también añoro algunas cosas. Mi trabajo, a Edik y sobre todo, a ti. Aún
no he logrado encontrarte, desde aquel fatídico accidente.

Olenka se acurrucó entre sus brazos en un largo silencio.

---oOo---

Malé era una agobiante aglomeración de edificios sobre un atolón que
parecía flotar en el Índico. Un paraíso construido en vertical, que no

dejaba resquicio sin edificar. En uno de sus altos edificios, se encontraban las oficinas del Grupo Debutesq, una agencia inmobiliaria de alto nivel.

Durante más de dos horas, la pareja visionó toda la oferta cercana a sus pretensiones. Imponentes mansiones en atolones próximos a Malé, pertenecientes a antiguos potentados, desfilaron ante sus ojos. Pero Luka pretendía otro estilo de vida. En cierto modo, Olenka había horadado en él. El rostro de Luka se iluminó al ver esa isla situada en el archipiélago de Noonu.

—Se llama Orivaru —dijo Arnold, el director del grupo empresarial, observando el entusiasmo de Luka.

—No creo que sea lo más apropiado para nosotros —interrumpió Olenka al observar esa isla solitaria, solo coronada por una colosal edificación.

— ¿Por qué no? —preguntó Luka extasiado y sin despegar la vista de la pantalla.

—No hay nada. Solo arena blanca y palmeras —respondió ella.

—Les comento, que fue propiedad de un armador griego —dijo tratando de embaucarlos. —Después de comprar la isla, ordenó construir ese palacio.

—Dejémoslo —volvió a interrumpir ella. —Demasiado aislado.

— ¿Aislado de qué? —espetó Luka fuera de sí e hincándole la mirada.

—Está a solo cien kilómetros de Malé. Cuarenta y cinco minutos de hidroavión —dijo Arnold tratando de suavizar los ánimos.

Olenka le mantuvo la mirada en silencio y, después de unos interminables segundos, le sonrió con vehemencia.

—Sí, señor Belov, tú ganas —dijo, a sabiendas que esa isla y su lujoso palacete, jamás serían la solución a una relación truncada por algo o alguien ajeno a ellos.

---oOo---

Almorzaron en Thai, uno de los restaurantes más caros de la capital maldiva. Durante la comida, Luka trató de convencerla de su acierto. Pero la mente de Olenka no estaba allí. Ella desviaba la mirada con frecuencia hacia su brazo. Esos picos encallecidos la enervaban. Casi podía sentir el ardor que recorría su brazo, hasta anegar su cerebro. Sumaba en su imaginación, mil orgasmos, y aún no lograban alcanzar una mínima parte de ese placer que debió pertenecer a otro ser.

A las cinco de la tarde, Olenka se mantenía apostada a las puertas del hotel Sheraton. Luka había quedado en recogerla en el parque, antes de que oscureciera. Sophie, no tardó en aparecer. Sin mediar palabra, subieron a un taxi y se dirigieron al distrito de Machangolhi. En lo alto de una destartada torre, se encontraba su esperado y sombrío destino.

Él no alcanzaba la mayoría de edad. La recibió medio obnubilado.

En su torso desnudo se revelaban las costillas y una infinidad de moratones. Brian O'Neill era el exponente de una generación de adolescentes, que estaban poniendo en alerta al gobierno de Maldivas. La droga y, en especial la heroína, se apoderaba de una juventud hacinada y hastiada, ante un ejecutivo que solo apostaba por los resorts de lujo y el turismo de élite. De origen irlandés, llevaba asentado en Malé y en la clandestinidad, un par de años, como uno de los principales eslabones del tráfico de drogas procedente de Sri Lanka.

Nada más entrar, Olenka fijó su mirada en una esmirriada joven. Se llamaba Dilara y permanecía tendida desnuda casi inconsciente.

En ese cochambroso apartamento, sucio, desordenado y con olor a muerte, Olenka se sintió como en su hogar. Fue en ese momento, cuando reconoció al ser que portaba dentro. Ese que intentaba desperezarse de un largo letargo.

El “pico” fue sublime. En su delirio, Olenka revivió un entorno desconocido. Seres que no reconocía y por los que sentía amor y odio. Y al final, la sombra de una afilada daga hundiéndose en un vientre femenino y la imagen de una soga, le hicieron vomitar.

Sophie acarició su cuerpo y, una indescriptible sensación de placer, la invadió. Pero su expresión cambió en un instante, al verla insinuarse ante Brian. Se puso en pie, tambaleándose, y sin despegar la mirada de ellos, se dirigió como una posesa hacia la cocina.

Como una efigie varada ante ellos, Olenka observaba con ira, cómo

su amante retozaba encaramada sobre el joven escuálido. No lo pensó. Impulsada por una furia incontenible, hundió el cuchillo, una y otra vez, en Sophie. Entre regueros de sangre, aturdido y aterrorizado, Brian O'Neill recibió en su pecho otras tantas puñaladas, ante la mirada atónita de Dilara.

Desnuda y embadurnada de sangre, Olenka se mantuvo mirándola durante interminables segundos, otorgándole el perdón de una diosa. Dilara huyó despavorida y la reencarnación de Artemisa despojó su cuerpo de impurezas.

KIRA

Edik volvió de Copenhague. El acuerdo con, Maersk, una de las mayores navieras a nivel mundial, había resultado fructífero. Durante diez años prorrogables a otros cinco, Novolípetsk surtiría de acero a los astilleros de Daewoo en Opko, Corea del Sur. La famosa naviera había encargado la construcción del “Triple-G”, el buque carguero más grande, jamás construido.

El propietario de la empresa metalúrgica se mostraba satisfecho y, también, ofuscado por algo que no le permitía descansar. Nada más llegar a Moscú, se dirigió hacia Artemi. La pomposa residencia permanecía incólume. Aún hacía alarde de la opulencia de su fallecido hermano y su esposa. Atendida por la veterana servidumbre, aún en nómina, despuntaba en ese paraje agreste a las afueras de Moscú.

Edik Belov no sabía por qué estaba allí, cuando bajó de la limusina. Su mirada se paseó por la onerosa edificación, recordando pasajes de otras épocas. Algo inexplicable lo empujaba. En su interior, anidaba un presentimiento, cada vez más lúcido, de que Luka y Olenka permanecían con vida.

Esa tarde, el viento azotaba los cipreses hasta arquearlos hacia un lado y otro. Y Edik fue recibido a la entrada de la mansión. El nuevo propietario se apesadumbró nada más entrar. Ese olor impregnado,

delataba la esencia de sus antiguos propietarios. En cada rincón, en cada una de sus estancias, permanecía incrustada la esencia de una pareja modélica. Edik y, a pesar de su estilo de vida, siempre reconoció algo que él era incapaz de sentir. Mirando con nostalgia las viejas pinturas que se alzaban siguiendo la escalinata, reconoció que Luka había heredado el carácter de una dinastía perdida en el tiempo. Luka, mantenía la esencia de ese hombre que, siendo técnico en una de las minas de hierro, acabara haciéndose con ese emporio. Él se limitó a seguir los pasos de alguien que lo quería con vehemencia. Como a una cría a quien la ha engendrado.

Ahora lo veía diáfano. Tantos años sintiéndose un bastardo, para terminar reconociendo que Luka había dejado parte de su alma en él. No pudo disimular su pena. Las lágrimas volvieron a brotar.

Edik se atrevió a traspasar esa muralla, territorio acotado de su hermano. El despacho de Luka era soberbio. Situado en la planta baja de la majestuosa mansión, lindaba y estaba comunicado con una rancia biblioteca, digna del más exigente bibliófilo. Él no lo era. Olenka dedicó buena parte de su tiempo, en otra época, a hacer realidad esa vital afición por la lectura. Era una capilla repleta de obras de Homero, Esquilo, Eurípides y otras mentes preclaras del helenismo. Luka apenas pisaba ese suelo entarimado. Él era un hombre hecho a sí mismo y sin creencias. Lo único que acercaba a sus ojos, eran estadísticas y diagramas de ventas del acero. Amén, de sus cotizados valores en bolsa.

Ese despacho era una capilla. Allí se fraguarían los contratos que encumbraran a la empresa hasta el lugar que ocupaba en esos

momentos. Todo diáfano para él, que hasta ese momento, creía y aparentaba ser un vástago imprescindible.

Con temor y solemnidad, abrió armarios y cajones, buscando algo que desconocía. Quizás, un vestigio que reafirmara esa sospecha que anidaba en su mente. Y Edik, se asomó al altar. Esas pantallas las vio relucir, más de una vez, mostrando gráficas y cifras. Luka era un gurú de su tiempo. Él no.

No tuvo cortapisa. De una vez por todas, Edik tuvo conciencia de que no podía mantener esa actitud miserable y cobarde que había abanderado su vida. Y llamó a Kira.

La joven experta no tardó en aparecer. La chica regordeta no imaginaba el motivo, al ser requerida por un nombre que solo había visto en membretes. Con temor, se presentó ante Edik y, este, supo ordenarle la tarea.

Durante horas, Kira Poliakov trató de recuperar información sensible y borrada de esos ordenadores. Edik, impasible y de forma estoica, esperó hasta que ella le ofreciera resultados.

A media noche, la joven le entregó una memoria con los archivos recuperados. Pero Edik no la dejó marchar.

El sol despuntó entre los grandes ventanales. Edik, con los ojos enrojecidos, había escudriñado entre miles de documentos, mientras la joven permanecía enroscada en el sofá. Neurocorp, Anesha, Vanya y Tadeus figuraban entre algunas de esas páginas destinadas a un mismo

fin.

Cuando el sol incidía en su rostro cansado, tuvo conocimiento de la argucia de su hermano; un ser que había vendido su alma al diablo, por ella. En esos documentos figuraba todo, desde el dinero destinado a sufragar el despido de una tripulación recién contratada, hasta el destino de su futura residencia, allí en las Maldivas. Su corazón casi se detuvo, al leer una misiva dirigida a él, y que Luka, jamás tuvo valor de enviar. Edik lloró. Su hermano mayor, ese al que veneraba por encima de todo, se despedía de él desvelando sus más íntimos sentimientos. En esa carta, Luka hacía un acto de constricción, reconociendo la valía de alguien, que manteniéndose en la sombra, había significado su sustento emocional. Era como un faro en la oscuridad, como una llamada de atención que nunca vería la luz.

Pero había algo más. Algo que se ocultaba tras ese entramado que parecía encandilar a primera vista, y que debió ofuscar al gran magnate. Edik no sabía llegar a él y no dudó en despertar a Kira Poliakov.

— ¿Sabes entrar en el otro internet? —le preguntó nada más abrir los ojos.

—Se refiere...

—Si.

La joven, aún obnubilada, desplegó toda su artillería. La pantalla adquirió otro tinte, y Edik se sentó junto a ella sorprendido y asustado. Ese era un mundo sórdido. Al igual que en la vida real y, ajeno a la

conciencia de millones de usuarios que desvelaban sus vidas sin la menor cortapisa, esos suburbios se debían otear de mano de alguien avezado. Todo se podía conseguir allí. No había límites. Desde cómo fabricar una bomba, hasta contratar a un sicario para liquidar al presidente del gobierno, por unos cuantos dólares.

Y allí figuraba Neurocorp. Una encerrona para muchos adinerados de todo el planeta. Prometía lo que nadie alcanzaba a imaginar, por sustanciosas cantidades de dinero. Una estafa de inimaginables proporciones, que había logrado embaucar y hacer desaparecer a una ingente cantidad de adinerados. Y entre las opiniones de una gente escarmentada, los nombres de Anesha y de Vanya resaltaban de forma contundente.

Anesha Ilyin estaba catalogada como una delincuente al servicio de Neurocorp. Esa mujer de rostro afable y exquisitos modales, era la encargada de captar clientes en la Federación Rusa. Otros como ella, se hacían cargo de reclutar desgraciados en otras zonas del globo. Neurocorp se había establecido como una tela de araña en el planeta.

Pero lo más inquietante y, que dejó exhausto a Edik, fue lo concerniente a Vanya Andreev. Ella jamás tuvo conflicto con su identidad sexual. Y no lo podía tener; su vida había transcurrido de lupanar en lupanar. Siempre había sido mujer. Todo un elucubrado montaje para atraer a esos pobres desgraciados millonarios, inmersos en un descabro del que no lograban salir.

Al llegar el mediodía, Edik tuvo conciencia de la realidad. Luka había sido una víctima más de una pandilla de desalmados. Y no solo eso. Neurocorp no había dejado títere con cabeza, nunca mejor dicho. Al parecer, sus víctimas habían terminado sus vidas en la inmundicia. Psiquiátricos y cárceles acogían en sus celdas a escoria sin identidad y pasto de la locura. No se había relatado un solo caso de éxito. Tadeus había copiado el procedimiento que Jacques De Bruyn describiera, dieciocho años antes en su delirio, aportando nuevas y no probadas estrategias quirúrgicas.

MERARY

La noche había caído. Algunos jóvenes retozaban entre los arbustos. Luka los observaba de soslayo, aun asumiendo que sería tildado como un viejo mirón. Hacía una eternidad que no percibía el aroma del sexo. Ya incluso, ponía en duda su hombría. Desconocía si sería capaz de conducir a Olenka al orgasmo, de hacerla sentir mujer.

El teléfono había enmudecido durante toda la tarde. Pero él sabía que aparecería. En su interior, ese sentimiento de celos que anidaba desde hacía semanas, se había transformado esa tarde en un dolor punzante. Por primera vez en su vida, Luka se sentía como vencido y no como vencedor. Su estima era tan baja como su moral. Intuía la infidelidad en Olenka, como algo anunciado y propio de esa nueva y obsequiada identidad. Él era ya obsoleto. Algo del pasado. Su envejecido cuerpo no podía competir con la frescura y esbeltez de esa juventud resurgida en ella.

Olenka apareció en el parque, pasadas las doce. Desaliñada y hundida, se sentó junto a él sin decir palabra. Era incapaz de recordar lo sucedido.

Volvieron al atolón de Baa sin apenas dirigirse una mirada. Abdul los recibió como de costumbre. La cena en la terraza frente al mar, aún se mantenía caliente. Luka se dejó caer en uno de los mullidos sillones, y acercó la botella de vino. Olenka se dirigió hacia el piso superior, ante la

atenta y desconcertante mirada de Abdul.

---oOo---

El burdeos parecía haberse evaporado, cuando Olenka se sentó frente a él. Luka tardó en alzar la mirada y, cuando se atrevió, lo embargó la ira y la lujuria. Su cuerpo se dibujaba a la perfección tras el camisón de seda. Pero Olenka había cambiado el semblante. Mostraba una expresión de paz y regocijo, que hacía una eternidad que no percibía.

Luka se sirvió la última copa y la alzó ante ella disimulando su aflicción. Olenka también se alzó como una diosa, y se acurrucó en sus brazos.

Esa madrugada, Luka Belov se fundió con ella hasta que el sol volvió a despuntar. Fue la merecida y ansiada recompensa, tras un penoso calvario de incertidumbre, sacrificio y dolor.

El amanecer fue distinto a todos. O al menos, así lo percibió Luka. Su rostro resplandecía, como si se hubiera contagiado de esa juventud implantada. Pero su regocijo duró poco. Cuando se dirigió al baño para tomar una ducha y, mientras Olenka permanecía adormilada, sus ojos se clavaron en el vestido. Permanecía en el suelo y luciendo algunas manchas de sangre. Luka lo cogió atemorizado y con un fino temblor en las manos. La oscuridad volvió a cernirse sobre él. Dejándose llevar por una ansiedad irrefrenable, examinó y olisqueó su ropa interior como un poseso. Y al final, su mirada se clavó en el bolso. Luka dudó en abrirlo.

Jamás había escudriñado en la intimidad de Olenka. Lo considera como una ofensa, una grave falta de confianza y respeto. Pero sus manos no pensaron lo mismo. El cielo se le vino encima. Su respiración se hizo agonizante y su corazón hizo amago de detenerse.

---oOo---

Pasaron dos días. Olenka mantenía un estado de ánimo especial, mientras él se debatía en una miseria emocional. Y Luka tendió el anzuelo. De nuevo, había que abandonar Baa por unas horas. Sentados en la terraza y mientras la luna bañaba sus rostros, Abdul les servía la cena.

—Te noto cabizbajo —dijo Olenka.

—Estaba pensando en esa isla.

— ¿Te han surgido dudas de última hora?

—No, todo lo contrario. Estoy cada vez más convencido —contestó dirigiendo, de forma esquiva, la mirada hacia el brazo de Olenka.

—Entonces, lo tienes decidido.

—Creo que es lo mejor para nosotros. Necesitamos evadirnos de Malé y de estas hornadas de turistas.

— ¿Aún más?

—Yo no elegí las Maldivas —dijo mirándola.

—Ni yo este cuerpo —le respondió.

— ¿Tienes algo que objetar al respecto? Está claro que has resultado ser la más beneficiada.

— ¡No tienes ni idea de lo que significa! —dijo ella en otro tono de voz y cambiando el semblante.

Luka se quedó atónito, mientras Abdul se mantenía impasible y atento a la conversación. Tras sugerirle que los dejara a solas, Luka respondió:

—Deberías tener más cuidado con lo que dices delante de él.

—Abdul sabe de nosotros, más que tú y que yo —respondió con aplomo y sonriendo.

—No cabe duda, de que esto te está afectando. No sé qué has querido decir con ese comentario.

Olenka no respondió, trató de mantener la compostura y colmó su copa de vino. De un solo trago, la dejó vacía. Su semblante había vuelto a cambiar. Sus ojos vidriosos no expresaban nada y, un temblor fino, se apoderaba de sus manos.

Luka la observaba sin pestañear. Algo en Olenka había cambiado. Su personalidad basculaba como un péndulo. Él lo achacó a lo que había encontrado en su bolso. Supuso y, debía reconocer, que ese trasplante no estuviera exento de efectos colaterales. Al fin y al cabo, era una terapia proscrita y carente de estudios fidedignos. Él, ni nadie, podían explicar

lo que acontecía en la mente de su mujer. No había antecedentes en la literatura médica que detallaran los procesos mentales derivados de ello. Luka solo se mantenía al acecho, asistiendo en solitario y sin ayuda de nadie, a un proceso que nadie conocía. ¿A quién podía recurrir? —se preguntó, una y otra vez, en esos dos días. Y la respuesta era la misma: Tadeus.

—Me han llamado del Grupo Debutesq —dijo él, más calmado. —Han planeado para mañana una visita por Orivaru. Quieren que veamos “in situ” todas las dependencias.

—Creo que me quedaré aquí. Al fin y al cabo, va a ser tu isla.

Luka se puso en pie y, bajando la escalinata, se dirigió hacia la playa.

---oOo---

El día había amanecido gris y, también, la mente de Olenka. Los vahídos y el temblor hicieron aparición a media mañana. Pero también, un nuevo ingrediente se sumaba a ese cortejo sintomático y premonitorio del síndrome de abstinencia. Una alucinación le hizo desligarse, por unos instantes, de la realidad. Mientras la ducha mojaba su cuerpo, Olenka se vio vestida con una túnica que dejaba al descubierto uno de sus pechos. Coronada con laurel y tensando un arco, bajo una media luna morisca, alcanzó el clímax en más de un orgasmo. Solo la sombra de un cadalso y de una soga que estrangulaba su cuello, le hizo acurrucarse amedrentada en la húmeda y nivea cerámica.

Ni que decir tiene, que calmó su agonía con el “caballo”. Y no escatimó en la dosis. El cálido y ocre néctar escaló por sus venas, hasta reencontrarse de nuevo con ella. Era la única que la comprendía y que siempre estaría esperándola. Algo más allá del amor y del odio.

Olenka se vistió y se perfumó como una diosa. Rodeada de ninfas adolescentes, bajó hasta la desierta y extensa playa privada. Hundiendo los pies en la arena blanca y sumida en el delirio, se alejó con su séquito hasta las rocas. Allí estaba Merary, una joven egipcia encinta, que por desgracia, había errado en la elección a la hora de broncear su abombado vientre.

La diosa y sus vestales se aproximaron a ella danzando, y Olenka se ensañó asestándole un sin fin de puñaladas en el vientre.

Luka se vio reconfortado en su orgullo. Catorce hectáreas de arena blanca y fina, como polvo de diamante, volvían a encumbrarlo. Aquella isla estaba diseñada para él, aunque ese griego estafalario y falto de clase decidiera deshacerse de ella.

Orivaru estaba dotada de todo aquello que un mortal jamás adivinaría. Una embarcación de veinte metros de eslora, fondeada en el embarcadero y un hidroavión, eran la avanzadilla a un palacio que aún le quedaba por ver.

“El Partenón”, nombre muy apropiado dado por el mecenas heleno al palacete, se alzaba imponente en medio de un frondoso palmeral. Simulando a la perfección a la colosal estructura dórica de la Acrópolis ateniense, la singular mansión en mármol reservaba una sorpresa, que Olenka valoraría por encima de todo.

Luka admiró la grandeza de cada salón y de esas amplias escalinatas labradas en jaspe, que parecían conducir al cielo. Desde sus azoteas, divisó las costas de otros atolones y, entre ellos, el de Malé. Se alegró al comprobar, que eso estaba lo suficientemente lejos de todo, como para que Olenka se centrara en él.

No dudó a la hora de formalizar el contrato. Al fin y al cabo, doscientos millones de dólares más, no menoscababan demasiado su fortuna y anclaría la recuperación de la relación.

Sentado en el embarcadero y tras adquirir ese emporio inmobiliario, Luka Belov se percató de que, al igual que Olenka, él también había perdido su identidad. Ya apenas se reconocía. Ese poderío que manaba de su carácter, se había apagado bajo la identidad de alguien sin rasgos ni personalidad.

De vuelta al atolón de Baa, Luka comenzaba a emerger. Estaba decidido a ayudar a Olenka, costara lo que costara. En esa isla, lo que más quería recobraría la cordura. Tenía más dinero del que podría gastar en más de una vida. A Olenka no le faltaría de nada. Estaba dispuesto a pagar las abultadas nóminas de los mejores expertos en psiquiatría. Y no solo eso. Luka les haría acudir a Orivaru.

Pero en pleno vuelo y, mientras el noticiario narraba lo acontecido en Maldivas, Luka se compungió. La mujer de un alto cargo de la República Árabe de Egipto, había sido asesinada en las lindes de una playa privada de Baa.

---oOo---

Al llegar al embarcadero, la policía científica peinaba la playa. Que dos yonquis murieran apuñalados, en uno de los barrios menos prestigiosos y turísticos de Malé, no despertaba animadversión. Toparse con el asesinato de Merary Aziz era del máximo interés para el gobierno de Maldivas.

Nada más poner pie en la arena, Luka fue interceptado por un agente policial. Abdulla se acercó a él con parsimonia y sin dejar de observarlo. Luka esperó con ansiedad, que ese hombre entrado en la cuarentena, de tez morena y vestido de mercadillo, le aclarara la situación.

—Usted debe ser Fedor Kuzmin —dijo a escasos centímetros de él y sin hacer amago de estrecharle la mano.

— ¿Qué ocurre?

— ¿No ha visto las noticias?

—Como ve, acabo de llegar.

— ¿Podría decirme dónde se encuentra su mujer?

La mente de Luka elucubraba como en aquellos tiempos en Novolípetsk, en los que debía decidir en segundos una estrategia a seguir.

—Nastya no se encuentra aquí en este momento.

—Entiendo —dijo sin dejar de observarlo. —Abdul, su mayordomo, nos ha relatado lo mismo, aunque no ha sabido aclararnos su paradero.

—En Malé, de compras —respondió enfrentándole la mirada. —Aún no me ha dicho qué ha ocurrido.

—Es cierto. Usted acaba de llegar —dijo sonriendo.

— ¿Reconoce este cuchillo?

—No. ¿Debería reconocerlo?

—Verá, señor Kuzmin, esta playa no es de uso general y afortunadamente, hoy no hace viento.

—Le sigo, aunque no lo crea.

—Solo hay unas pisadas que van desde su residencia hasta aquellas rocas, lugar donde se ha perpetrado el cruel asesinato.

—¿Asesinato?, Bueno, al fin desvela usted de qué se trata. La verdad es que me tenía en ascuas. ¿Y qué tiene que ver mi mujer en todo esto?

—Esas huellas corresponden a un pie de mujer.

—¿Divisa usted alguna valla que cerque la playa?

—Señor Kuzmin, en este cuchillo se encuentra grabada la autoría del asesino. Es solo cuestión de tiempo —dijo alejándose de él.

Luka se dirigió a la mansión. Abdul lo saludó como de costumbre, pero sin dejar de observarlo.

—¿Dónde está?

—Arriba, en la alcoba.

Luka subió los escalones de dos en dos.

—No tardaran en volver con una orden de registro —dijo Abdul desde abajo.

—Lo sé. Y también que ella no ha sido.

Olenka deliraba semidesnuda en la cama. Luka no hizo amago de

acercarse a ella. Rebuscó como un poseso por toda la alcoba, el vestidor y el aseo. Su perspicacia le aseguraba que Olenka no podría ser acusada de la muerte de esa mujer. Lo único que le importaba era encontrar ese fardo de heroína. En Maldivas, la simple posesión de cualquier tipo de droga, conllevaba la cadena perpetua.

Cuando Olenka recobró la conciencia, abrazó a Luka como si nada hubiera ocurrido.

ORIVARU

Esa mañana el sol no lucía. El cielo estaba completamente encapotado y una ligera llovizna no les permitió desayunar en el exterior. Luka no dejaba de mirarla. Su rostro denotaba paz interior y un claro aturdimiento. Olenka parecía estar en otro mundo. Luka intuía ya, que su mujer se precipitaba hacia el abismo a pasos agigantados y que debía actuar.

No habían cruzado aún palabra alguna. Luka había madrugado y unas maletas se apostaban al fondo la estancia.

—Supongo que te has hecho ya con esa isla —dijo ella observándolas.

—Aquello te sentará bien. Necesitas descansar. He pensado en marcharnos hoy mismo. Además, te tengo reservada una sorpresa.

Por primera vez, Olenka asintió. Estrechó las manos de Luka y su rostro se entristeció.

—No logro recordar nada. Solo a ella.

— ¿A quién? —preguntó él sobresaltado.

Olenka no supo responder, pero dirigió la mirada hacia su vientre.

—Solo son imaginaciones.

—Su alma está dentro de mí.

Abdul apareció con una jarra de zumo. El joven maldivo no dejaba de

observar, de soslayo, a Olenka.

—Eres un buen chico —le dijo Luka mientras le servía.

—Mis padres me enseñaron a cuidar la mano que te da de comer.

—Buena filosofía. Por cierto, he estado rebuscando por toda la casa, algo que no debiera estar —dijo mirándolo con fijeza.

—No se preocupe, señor Kuzmin, eso ha desaparecido —contestó desviando la mirada hacia el mar.

—No sabes cómo me alegra saberlo. Olenka está pasando por un mal momento.

—No necesita darme explicaciones. He visto de todo aquí, en Maldivas. Ustedes no son los primeros, y tampoco serán los últimos —respondió devolviéndole la mirada.

Una lancha rápida fondeó en el embarcadero. Luka tuvo un buen presagio, al ver a Abdulla descender de la misma y sin escolta. Nada más entrar, lo recibió con una amplia sonrisa.

— ¿Le apetece acompañarnos en el desayuno?

—Creo que aceptaré su hospitalidad moscovita. Después de todo, no desayuno todos los días con un mecenas de la banca.

—Veo que ha hecho los deberes. Supongo que también sabrá que me he retirado.

—Lo suponía.

—Aprecio un cambio en su actitud —comentó Luka.

—Ruego me disculpe. Ya sabe cómo son estas cosas. Todo el mundo es culpable, a menos que se demuestre lo contrario —dijo sonriendo.

—Sí, supongo que debe ser muy duro su trabajo. Disculpe, le presento a Nastya, mi mujer —dijo poniéndose en pie.

—Mis respetos —dijo inclinándose ante ella y besándole la mano. — Bonito camafeo —añadió al levantar la mirada hacia su cuello rodeado por un pañuelo de seda.

—Representa a la diosa Artemisa —contestó ella extrañada.

—Es el inspector Abdulla Hasbún —añadió Luka, ante la expresión de desconcierto de Olenka.

— ¿Qué le trae por aquí, señor Hasbún?

—Compruebo que su marido no le ha comentado nada.

—Así es —interrumpió Luka —Nastya es demasiado sugestionable. He preferido ocultárselo.

—Entiendo —dijo Abdulla, dirigiendo la mirada hacia las maletas. — ¿Salen de viaje?

—Nos mudamos. He adquirido una propiedad en Orivaru. Y creo que es el momento propicio para hacerlo, después del fatídico acontecimiento.

— ¿Qué acontecimiento? —preguntó Olenka.

—No quisiera importunarla, pero me veo en la obligación de hacerlo.

Ayer fue apuñalada hasta la muerte, la joven esposa del ministro de Relaciones Exteriores de Egipto. Como imaginará, es un asunto de Estado, dadas las estrechas relaciones del gobierno maldivo con la república árabe.

— ¿Ha ocurrido aquí, en Baa? —preguntó ella sorprendida.

—Allí, cerca de las rocas. Por desgracia, estaba encinta.

Olenka sintió una ráfaga de calor que la invadía en su interior. Y su expresión cambió. Abdulla se quedó extrañado al observar el brillo en sus ojos. Metió la mano en el interior de su ruinoso chaqueta y extrajo una fotografía.

— ¿Le suena haberla visto merodeando por aquí, señora Kuzmin? — le preguntó mostrándosela.

Olenka la cogió con temor entre sus manos temblorosas. Su mirada se quedó clavada en la imagen de esa mujer de rasgos musulmanes. Fue Luka, quien tuvo que extraerla de su silencio y del trance:

—Cariño, ¿te encuentras bien?

— ¿Quién es? —preguntó ella extasiada.

—Anoche cotejamos las huellas dactilares del arma utilizada. Corresponden a esa joven. Su nombre es Firuza Rahimova, una delincuente en busca y captura por los servicios policiales de Tayikistán.

— ¿De qué se le acusa? —volvió a preguntar Olenka sin dejar de mirar la imagen de la joven.

—Nastya, no creo que eso nos incumba —interrumpió Luka sintiéndose también impresionado.

—Tráfico de heroína, autora de varios crímenes y, de uno en especial, que nos ha hecho confirmar su autoría en este asesinato —dijo sin dejar de observar la actitud de Olenka.

— ¿A qué se refiere?

—Por favor, Nastya, eso no nos incumbe —volvió Luka a recriminarla.

—Apuñaló el vientre de una joven embarazada.

Olenka dejó caer la fotografía y apresó sus ojos con ambas manos, horrorizada.

—Ruego la disculpe, —espetó Luka poniéndose en pie para abrazarla.

—Ya le he comentado que Nastya es demasiado sensible.

—Sí, lo siento. Ha sido culpa mía. Bueno, no quisiera importunarles más —dijo poniéndose en pie y observando con minuciosidad, el extraño tatuaje en el vientre de Olenka.

Luka le estrechó la mano, mientras la acurrucaba aún entre sus brazos.

—Por cierto, les deseo una feliz estancia en Orivaru. Han adquirido todo un lujo, aunque no esté bien considerada aquí, en Maldivas.

— ¿Algo que deba saber, Abdulla? —preguntó Luka con cierto hastío e incomodidad.

—Fue el escenario de un crimen y un suicidio.

---oOo---

Una embarcación transportó, durante algo más de dos horas, a la pareja, al fiel Abdul y el improvisado equipaje. Luka no dudó en otorgarle el máximo rango, en una servidumbre que aún quedaba por contratar.

Olenka no pudo disimular su impresión, al ver la majestuosa obra construida en la isla. Observar el Partenón, emblema de su pasión por la mitología helena, en ese escenario paradisíaco, la condujo al éxtasis.

En esos momentos de euforia, ninguno de ellos reparó en las últimas palabras de ese ennegrecido y fútil inspector de policía. Luka no paraba de hablar. Su mente divagaba en miles de proyectos y tareas por hacer. La embarcación necesitaba de una tripulación, al igual que el flamante hidroavión. Y la mansión, de una servidumbre acorde a su estilo y posición. Pero en su mente y, mientras se apoltronaba en el despacho tomando posesión de sus nuevos dominios, una esquirla le hacía sentirse intranquilo. Algo no encajaba en esa apresurada hipótesis que tanto él, como Olenka, habían sentido en lo más profundo de su ser. De ser cierto, no tenía sentido que esa joven asesina figurara aún en busca y captura. Luka no se contentó con explicarlo bajo la perspectiva de la casualidad, algo en lo que jamás había creído. Sabía que su estancia en Orivaru sería efímera.

La mañana transcurrió como en su sueño. Luka se hizo con sus dependencias: el oneroso despacho y la espléndida biblioteca. Olenka se quedó atónita, mientras ascendía por la amplia escalinata. En el primer peldaño, una escultura de Hermes con el niño Dionisio, se alzaba con todo su esplendor. Cinco escalones, más arriba, era la Venus de Milo, la que le daba la bienvenida en un silencio de miles de años. Olenka continuó subiendo de forma pausada y cada vez más extasiada. Victoria de Samotracia le hizo estremecer. Esa escultura descabezada y alada, consiguió que suspirara, en mitad del recorrido de la escalinata. Cinco escalones después, era el Apoxiomeno de Lisipo, el que la saludaba. Su faz marmórea parecía anunciarle su mayor regocijo. Y al final de esa subida a los cielos, ella le esperaba impertérrita. La dueña de su alma y de sus sueños. Artemisa se erigía en el último de los peldaños, como la regente de ese templo.

Abdul se internó en la espléndida cocina, más propia de un hotel de alto nivel, que de una villa. Al caer la tarde, el impecable mayordomo logró servirles un excelso refrigerio. Luka lo invitó a que los acompañara.

—No imaginaba que la cocina estuviera surtida de estas exquisiteces —dijo el anfitrión.

—Se suelen guardar en los congeladores del sótano —respondió Abdul de forma improvisada.

Luka lo miró desconcertado.

—Bueno, espero que no les importe, pero no he podido resistirme a

indagar ahí abajo.

KAMAL

Su fortuna estaba valorada en más de veinte mil millones de dólares y ocupaba el puesto treinta y dos en el ranking mundial de famosos multimillonarios. Amigo entrañable de Edik, Fiodor Vékselberg había logrado amasar su fortuna, comprando y vendiendo dólares en el mercado negro en la época soviética. Un setentón de carácter afable y origen uzbeko, que había permanecido encarcelado, algo más de seis años, acusado de fraude y malversación.

Fiodor era como de la familia para Edik. No tanto para Luka, que jamás aceptó que manchara el nombre de su padre al pasar por presidio. En aquella época de la “guerra fría”, el joven prodigio de las finanzas financió al progenitor de la saga de los Belov, después de que demostrara su pericia y coraje.

Ahora, el viejo afectado por un cáncer de hígado, recibía una llamada de Edik.

—Yuri Luzhkov me ha comentado que has heredado una miseria — dijo Fiodor nada más descolgar el teléfono. —Tu hermano los tenía bien puestos; como tu padre.

— ¿Qué tal estas?

—Muriéndome día a día. Las metástasis me están devorando.

—No sabes cómo lo siento.

—No te preocupes, aún espero un milagro —dijo riendo.

—Necesito que me hagas un favor.

—Tú dirás.

—Necesito que me prestes tu Gulfstream por unos días.

— ¿Sabes lo que me pides? Claro, tú no tienes una hembra a la que adores. ¿Permitirías que alguien la sobase? —dijo riendo.

—Te prometo que te devolveré tu avión sano y salvo.

— ¿Algún problema?

— ¿Qué opinarías si te dijera que Luka no murió en ese accidente?

— ¿A qué te refieres? —preguntó tras unos segundos en silencio.

—Voy a viajar a Maldivas. He estado investigando y creo que ambos corren peligro.

—Edik, sabes que te aprecio como a un hijo ¿Me permites que te dé un consejo? No remuevas la mierda. A veces es mejor amarrarse a la ignorancia. ¡Ya sabes!, ojos que no ven, corazón que no siente.

— ¿Qué tratas de decirme?, —preguntó Edik extrañado —Parece como si tuvieras conocimiento de algo.

—No Edik. No sé de qué me hablas, pero yo que tú, lo olvidaría.

Fiodor sabía muy bien a qué se refería su ahijado. Él, como otros muchos potentados en la senectud o afectados por enfermedades

incurables, esperaban turno. Tadeus no solo recibía peticiones de trasplante por parte de tetraplégicos y transexuales. Esa terapia era contemplada también, como una vía para alcanzar la vida eterna. Recibir un cuerpo joven y sano, era un sueño hecho realidad.

---oOo---

Tras dieciséis horas de vuelo, haciendo escala en Sri Lanka, Edik puso pie en Malé. La noche se cernía en las islas del océano Índico y, tras hospedarse en el Cerulean, comenzó su búsqueda. Durante horas, recorrió los lugares más emblemáticos y asiduos del turismo de élite, mostrando la misma fotografía. Pero nadie reconoció haber visto a la pareja que aparecía en ella. Fue antes de darse por vencido y, en el mismo hotel donde pasaría la noche, donde le indicaron que preguntara en el puerto. Esos pilotos de hidroaviones y patrones de embarcaciones, conocían a todo el que se movía por los atolones.

Ese funesto día amaneció lluvioso. Un día en el que los designios del destino, parecían confluír en un mismo lugar y para varias personas.

Edik madrugó y se apresuró en dirigirse al puerto. Durante más de una hora, esa fotografía roló por un sinfín de manos. Y fue Kamal, un joven de piel tiznada y poblada barba, el que asintió reconociendo el dorado camafeo que esa mujer lucía en el cuello. Aunque el cenceño piloto de hidroavión no encontró similitud, entre esos rostros y los pasajeros que había transportado, Edik lo tuvo diáfano.

Nada más despegar, el joven desató la lengua. Recordaba haber transportado a la pareja del camafeo, en más de una ocasión, al atolón de Baa.

Después de cuarenta minutos de vuelo, el hidroavión se aproximó al embarcadero y Edik le rogó que lo acompañara.

Al llegar a la mansión que Luka y Olenka habían habitado durante un tiempo, la encontraron cerrada. Tras rodear su perímetro, se toparon con el último rezagado de la reducida servidumbre. Fue él, quien de nuevo puso a Edik sobre la pista. Orivaru era el destino final.

De nuevo en el avión, Kamal desató la lengua:

—Hacía ya mucho tiempo que no transportaba a alguien a esa jodida isla.

— ¿Por qué lo dice?, ¿no hay hoteles allí?

—Orivaru es una isla privada. Que yo sepa, estaba en venta desde aquello que ocurrió.

— ¿A qué se refiere?

—Hará tres años, más o menos. La isla por aquellos entonces estaba desierta. Ya sabe, como otras tantas en estos jodidos atolones, arena y palmeras. Un ricachón griego debió encapricharse de ella. Yo lo conocí, —dijo pavoneándose. —Los llevé a los tres, más de una vez a Orivaru, para comprobar el estado de las obras.

— ¿Obras?

—Sí, ese tipo seboso ordenó construir un palacio en una de las playas. Tardaron más de un año, ¿sabe?

—Sí, ¿y qué? —preguntó Edik sin mostrar interés en esos detalles.

—Que el hijo se los cargó.

— ¿Asesinó a sus padres?

—Les cortó la cabeza y se prendió fuego a lo bonzo.

SALIM

Mientras Edik se hospedaba en el Cerulean, recién llegado a Malé, uno de los terminales ofimáticos de la comisaría del distrito de Henveiru, recibía un informe. Apenas nadie pernoctaba en el centro policial. Solo un novato recién llegado a las dependencias, se hacía cargo de una noche en la que, presumiblemente, las reyertas callejeras ocuparían su guardia.

Malé no destacaba precisamente por un alto grado de delincuencia. La república insular había abolido, tiempo atrás, la pena muerte. Los delitos más graves cometidos en territorio de las Maldivas eran los relativos al tráfico y consumo de drogas; y bien que resultaban penados.

Salim Massú jamás pensó que esa noche sería crucial. Y no solo para él. Demasiadas almas pendían de su inexperiencia, en las próximas horas.

A las dos de la madrugada, mientras Edik trataba de conciliar el sueño y su hermano Luka dormía extenuado, dos mujeres inyectaban en sus venas ese néctar del diablo. Ambas lo hacían a la luz de la luna y bañadas por la espuma de las olas. Dilara, una prostituta turca infectada de sida, hundía la aguja en su esquelético y encallecido antebrazo, en una playa del distrito de Henveiru. A cien kilómetros de allí, en Orivaru, Olenka volvía a sentir la llamada de esa diosa que había invadido su ser. Ambas cruzaron las miradas un día para no volver a reencontrarse jamás. La de Dilara, de espanto y terror. La de Olenka, de delirio.

Ahora y, mientras el “caballo” galopaba hasta sus sienes, dos individuos uniformados la apresaban.

---oOo---

Eran las cuatro de la madrugada. Dilara Kaya se mantenía obnubilada en una celda, cuando vio de forma borrosa, cómo alguien se asía a los barrotes.

—Sabía que más tarde o más temprano, caerías —dijo Salim.

La esmirriada joven había sido detenida en otras ocasiones. Pero en ninguna de ellas, se le había encontrado ni un solo gramo del narcótico. En esta ocasión no fue así. Dilara portaba lo suficiente, como para despedirse de este mundo con un chute épico. Y en su intención estaba. Desde que presenciara la horrenda muerte de su antiguo suministrador y de aquella pobre chica, había permanecido escondida como un topo. En su mente, aquella mirada fría que decidiera otorgarle el perdón, surgía día y noche como un espectro.

—Al final, acabarás donde te corresponde —prosiguió Salim. —
Maafushi te va a encantar.

Además de ser el lugar más turístico de Maldivas y la capital del buceo, la isla de Maafushi albergaba en uno de sus extremos, a la prisión maldiva. Un lugar donde el hacinamiento y los crímenes campaban a sus anchas. Dilara encontraría allí esa muerte ansiada, pero no, a lomos de

ese corcel. El sida terminaría carcomiéndola entre palizas y un síndrome de abstinencia interminable.

—Yo os puedo ayudar —dijo balbuceando entre el delirio.

— ¿Ayudar? —repitió Salim riendo.

—Sé quién asesinó a Brian y a esa chica inglesa.

— ¿Crees que nos interesan las muertes de dos jodidos yonquis?

—Pero si querrás saber, quién mató a esa embarazada.

La expresión de Salim cambió.

— ¿Te refieres a la mujer del ministro egipcio?

—Fue ella. A mí me perdonó la vida —dijo incorporándose en el catre y oprimiendo sus ojos con las manos. —Esa tía siente compasión por las prostitutas yonquis. Es una jodida lesbiana “pirada”.

— ¿De verdad crees, que alguien puede tener compasión de una zorra drogadicta como tú? —dijo riendo a carcajadas.

—Esto te va a costar el puesto, estúpido —espetó poniéndose en pie y dirigiéndose hacia él.

—Descríbela —dijo enfrentándole la mirada.

—Pelirroja y de ojos gris azulados.

— ¿Qué más? —preguntó sonriendo con ironía.

—Hablabla inglés, con acento ruso.

—Sigue.

—En su vientre llevaba tatuado una mujer con un arco y una media luna.

— ¿Algo más?

—Sí. De su cuello pendía un camafeo de oro.

— ¡Qué interesante! ¡Sabes!, voy a dar orden de búsqueda y captura —dijo alejándose de ella y riendo.

Salim Massú había observado esa foto un sinfín de veces. Permanecía colgada en el tablón y no concordaba, en absoluto, con la descripción aportada por esa escoria de Dilara.

---oOo---

A las ocho de la mañana, mientras Edik subía a ese hidroavión y Luka se desperezaba en la cama, Abdulla hacía acto de presencia en las dependencias policiales de Henveiru.

Sentado en su despacho, el inspector policial recibió, de manos de Salim, el informe de atestados de esa noche. No había nada de particular en ellos. Varios arrestados en lugares de ambiente, por reyertas derivadas del consumo de alcohol, y la detención de Dilara. Pero la perspicacia de Abdulla, le hizo indagar. Un tipo que, como Luka, no dejaba cabo suelto ni nada al azar. Hizo que Salim se sentara frente a él, para escudriñar entre esas líneas que el inexperto policía había obviado.

—Te felicito. Ya era hora de apresar a esa puta.

—Ha intentado sobornarme —dijo con prepotencia.

— ¿Sobornarte una yonqui?

Salim desembuchó con orgullo, todo lo esgrimido por la joven rea. Abdulla lo escuchó con atención hasta el final. Solo un comentario, de pasada, le hizo ponerse en pie y atravesar de un lado para otro el reducido y destartalado despacho. Salim lo miraba extrañado. Su poca pericia en evaluar esos detalles, que jamás lo encumbrarían como inspector, lo delataba de nuevo. Ese camafeo dorado al que había hecho alusión Dilara, lo había visto horas antes. Y Abdulla no creía en las casualidades.

— ¿Hemos recibido algún informe esta noche? —preguntó mientras seguía absorto.

—No he tenido tiempo de comprobarlo.

Abdulla salió del despacho a toda prisa y se dirigió al terminal.

Su expresión fue de espanto. El ministerio de justicia de Tayikistán, ampliaba la información sobre Firuza Rahimova. En ese comunicado, se detallaba la ejecución de la joven asesina tayika. Pero fue al ver una de las fotos del cadáver, cuando Abdulla bajó la cabeza y suspiró. En el vientre de Firuza destacaba ese emblema tatuado, que Olenka no se esforzaba en ocultar.

NASTYA

Cuando Edik logró conciliar el sueño, Olenka se despertaba de su última pesadilla. De nuevo, la diosa Artemisa se hacía con sus más bajas pasiones, a través de un alma que había usurpado su mente. Las ideas delirantes habían llegado a más. Solo necesitaba de una dosis, para ser ella. Ahora sabía su nombre. Firuza se había encarnado en su ser, trasportándola a esos parajes que solo figuraban en la literatura.

Como dirigida por un alma en pena, Olenka salió de la alcoba y se dirigió hacia la escalinata de mármol. Al llegar al primer peldaño, se detuvo. La escultura de Artemisa había sido profanada. Su alabastrino cuerpo había sido desprovisto de la cabeza. Con añoranza y delicadeza, deslizó sus dedos por ese cuello seccionado, y continuó su descenso hacia el cadalso.

Allí en la cocina, algo parecía relucir bajo una intensa luz. Nastya se acercó con parsimonia y como si de un ritual se tratase. El fardo de polvo ocre se abrió como el sexo de una vestal, esperando que recogiera su esencia. Una jeringuilla, una candela prendida y una cuchara de plata, completaban ese altar. Nastya siguió esa ceremonia litúrgica en torno al corcel que la liberaría de su angustia. Y con la jeringuilla abastecida de ese caldo liberador, se dirigió desnuda hacia la playa. Era su último encuentro con ella.

Se dejó caer en la arena húmeda. Arrodillada frente a un mar oscuro,

Nastya Kuzmin insertó la aguja en su brazo. Y cuando el cálido brebaje embadurnó su cerebro, lo único que siempre había quedado de ella, se sumió en el sueño eterno.

FEDOR

Luka despertó con los primeros albores de claridad. La lluvia, empujada por el viento, golpeaba en el ventanal. Deslizó su mano buscando la suave piel de lo que más amaba. Pero ella no estaba allí. Sobresaltado, se puso en pie y oteó a través de la cristalera. El mar estaba embravecido. Las crestas blancas parecían difuminarse en el horizonte.

Se vistió y bajó la escalinata sin prestar atención a esas esculturas que, petrificadas y calladas, guardaban el final de una historia escrita. Después de otear gran parte de las dependencias, entró en la cocina. Sus ojos se clavaron en ese fardo. Y Fedor Kuzmin gritó su nombre una y otra vez.

Con los ojos empañados, se acercó a la playa. Su mirada se dirigió hacia un lado y otro, esperando encontrarla. Pero no fue así. Solo una jeringuilla vacía, pudo vislumbrar a sus pies. Se agachó llorando, y la apretó en su mano.

Deshecho, miró hacia la inmensidad de ese océano, mientras las lágrimas recorrían sus mejillas diluyéndose entre la lluvia. Fedor se mantuvo mirando a ese mar encrespado, esperando encontrarla. Al final y, con el corazón destrozado, se encaminó hacia la majestuosa hacienda, para poner fin a una historia anunciada y predicha por unos desalmados.

Subió lentamente los peldaños de la escalinata. Solo necesitaría un cordel, para anudarlo a su cuello y dejarse caer. Por fin encontraría a

Olenka. A esa mujer dulce y risueña que había compartido su vida y encumbrado como hombre.

Al apoyar el pie en el último tramo, vio cómo un fino hilo de sangre se deslizaba por el torso de la marmórea escultura de Artemisa. Alzó la mirada y se retorció de dolor. La cabeza de Olenka se erguía insertada, en la decapitada figura mitológica. Sus lamentos se oyeron en toda la isla.

Acurrucando a lo que más había querido en su vida, permaneció sentado en el último peldaño, hasta que Edik entró en el espacioso vestíbulo.

No se atrevió a dar un paso. Se quedó varado observando aterrizado, la escabrosa escena.

— ¡Luka!, —gritó —Ya ha pasado todo. Déjame ayudarte —le rogó con los ojos empañados

—Mira lo que han hecho con ella —dijo llorando y acariciando el rojizo pelo.

—Olenka murió en aquel accidente. Volvamos a casa. Todo ha terminado.

Pero aún no había acabado. Edik recibió un impacto en la nuca, que le hizo desplomarse sobre el mármol. Luka apenas se inmutó. Levantó la mirada y vio a Abdul, su fiel mayordomo, mirándolo sin compasión.

---oOo---

Abdulla se erigía como un mascarón en la proa de esa lancha rápida. Empapado y bandeado por el viento, atravesaba el mar encrespado en dirección a Orivaru. Su mirada se desvió, por unos instantes, al cruzarse con otra embarcación que parecía navegar arrastrada por el demonio.

Cuando él y su reducido séquito policial entraron en la regia mansión, observaron la escabrosa escena. Por segunda vez, la historia volvía a repetirse en esa isla apartada y solitaria, en el archipiélago de Noonu.

Tadeus esperaba sentado en su despacho. Esa mañana, Neurocorp recibiría una importante visita. Degustando una taza de café, el rey del engaño observaba con satisfacción el noticiero de la CNN.

—“De nuevo, la tragedia se cierne sobre la familia Belov. En esta ocasión, poco tiempo después del fatídico accidente aéreo que ocasionara la muerte de Luka Belov y su esposa, ha sido Edik Belov, su hermano, víctima de una muerte atroz”.

“Según el comunicado de la policía maldiva, el cadáver de Edik Belov ha sido encontrado en una de las islas privadas, junto a otros dos cuerpos, uno de ellos decapitado y carbonizado, perteneciente a una mujer”.

“Todo parece indicar, que el abominable crimen se debe a un ajuste de cuentas, al encontrarse una importante cantidad de heroína en las dependencias de la onerosa mansión”.

Tadeus apuró el último sorbo y se dirigió a recibir a su nueva adquisición.

Apoyado en un bastón, el viejo decrepito lo saludó con una sonrisa. Fiodor Vékselberg, el multimillonario uzbeko y padrino del fallecido Edik, estrechó la mano de Tadeus.

— ¿Dispuesto a rejuvenecer?

— ¿Qué cuerpo me tiene reservado, señor Tadeus?

—Joven y lozano, Fiodor —contestó riendo a carcajadas.